

El americanismo de Martí²²³

Andrés Iduarte

En escritor tan rico y profuso como José Martí, son muchos y muy diversos los temas en que puso su atención y su pasión; pero, en primerísimo término y abarcándolos todos, está el de América. Nacido en Cuba y consagrado desde su adolescencia habanera a la causa de la libertad cubana, la ve muy pronto como grano y remate de la del Continente; formado en España —en función americana—, en México y Guatemala y Venezuela, en Nueva York —la gran creación cosmopolita de los Estados Unidos—, para Hispanoamérica vive, estudia, escribe y combate, y por ella muere en la llanura de Dos Ríos, según lo quiso durante toda su existencia y según lo precisó en vísperas de su caída; y los Estados Unidos son, como anverso y reverso, como posible ejemplo y como peligro cierto, preocupación permanente y definidora. Difícilmente se encontrará, pues, otra figura del Sur o del Norte del Continente que merezca tanto como Martí la designación de hombre de América.

Para examinar y entender el esencial tema americano de José Martí cabe seguir esos círculos concéntricos: Cuba, o la patria; la España del colonial rebelde; Hispanoamérica en general, “nuestra América” como él la llamó; y los Estados Unidos.

²²³ Conferencia pronunciada el 27 de mayo de 1953.

Cuba

Fuera del tema siempre presente de la independencia cubana, los asuntos concretamente cubanos no son los más numerosos en la obra de Martí; pero este cálculo aritmético no debe inducir a error. Cuba es en su obra la raíz y el fruto, la razón de su ser y su meta humana. Repetimos lo ya dicho en otra ocasión: no es posible, ni vale la pena, ponerse a repasar cómo la veía, cómo la recordaba física o materialmente: o se cita su obra toda, o se le mutila. Cuba es más que su realidad: es su suprarrealidad, aunque —hombre del siglo XIX y jefe de un movimiento político— vivió empeñado en demostrar que esa suprarrealidad era una realidad auténtica, tangible y hasta común y corriente, sencilla y cotidiana. Cuba es, en suma, la Dulcinea omnipresente de este gran Quijote americano.

No hay que olvidar nunca que Martí nació en Cuba, y en ella estudió las primeras letras y recibió la mejor tradición intelectual y política de la Isla a través del ilustre maestro Rafael María de Mendive; que esta sobrevive en él luminosamente, por encima de toda otra huella; que la Cuba de Mendive está siempre en él como un trasfondo inevitable, como el hueso y el tuétano de su espina dorsal. Una frase suya precisa mejor lo que deseamos decir: “Y si esto me pasa a mí que siento por mi patria más que por Dios”.²²⁴ Ha de insistirse en que aquel espíritu religioso fundió en una sola entidad a Dios y a su patria, e incluso citó a la patria por encima de Dios. Muchas ideas tuvo y muchos ideales lo sacudieron, pero nunca dejó de pensar que “su almohada era la muerte, y Cuba su único sueño”.²²⁵ Lo que no es concepto provinciano ni chauvinista, como tuvo buen cuidado de aclararlo:

Cada cual se ha de poner a la obra del mundo, a lo que tiene de más cerca, no porque lo suyo sea, por ser suyo, superior a lo ajeno, y más fino y virtuoso, sino porque el influjo del hombre se ejerce mejor, y más naturalmente,

²²⁴ José Martí: *Obras completas*, Editorial Trópico, La Habana, 1936-1947, t. III, p. 31.

²²⁵ *Ibidem*, t. IV, p. 26.

en aquello que conoce, y de donde le viene inmediata pena o gusto; y ese repartimiento de la labor humana, y no más, es el verdadero e inexpugnable concepto de patria... Patria es humanidad...²²⁶

Todas las palabras de Martí sobre Cuba se entenderán mejor si se recuerda que la ve a través de la nostalgia. “Quemante y creadora” la ha llamado Jorge Mañach; “creadora [...] pues por la sublimación de su Isla vedada [...] pudo henchir de promesa la imagen de la patria futura y comunicar su convicción de que valía la pena de ser ganada”.²²⁷

También ha de tenerse en cuenta que al sentimiento sigue la razón. Martí vivió uno de los momentos más vitales de los cubanos y más indecisos de los españoles. La España anterior al 98, aparentemente desilusionada y derrotada, sin duda desorientada e inerte, presentaba un aspecto menos animador que el del pueblo cubano, enhiesto en la emigración y altivo dentro de la Isla, adornado por el heroísmo que derrochó en la guerra del 68 y que iba a colmar en la del 95. Es indudable que Martí, unas veces por delirio de enamorado y otras por deber y necesidad de jefe político, recargó mucho los méritos de sus hombres, o se negó a ver o cuando menos a mencionar sus defectos; pero no todo es optimismo ciego ni optimismo táctico, sino feliz coincidencia de su sueño con la realidad. Sus conceptos de amor, de justicia, de belleza, se asientan sobre esa Cuba infortunada y batalladora. La llevará toda la vida en su pecho —amada, explicada, divinizada— y ya en ella, integrado en su naturaleza, bajo su sol ardiente y sobre sus verdes campos, tendrá la muerte dichosa que buscaba. Sin esta Cuba por la que vive, canta y muere no se entenderá una palabra de la obra de Martí.

España

También ha de tenerse siempre presente que José Martí fue hijo de españoles —padre valenciano, madre canaria—, que pasó

²²⁶ *Ibíd.*, t. XIV, p. 195.

²²⁷ Jorge Mañach: *El pensamiento político y social de Martí*, La Habana, 1941, p. 8.

dos años de la infancia en la Península, que fue española su educación y que al lado del pueblo de España vivió los cuatro años más permeables de su vida. Como pendantif de Cuba Martí lleva siempre consigo a esa España. Y como escritor y líder político maneja su lengua y estudia sus letras y sus instituciones.

Y al mismo tiempo ha de recordarse que Martí nace en una Isla mal gobernada por España, que recibe brutal castigo por su noble rebeldía, y que vive en Madrid y en Zaragoza una de las más críticas épocas de los errores y los crímenes de la administración española. Desde niño fue separatista: “O Yara o Madrid”,²²⁸ o independencia total o servilismo pleno, vio claramente a los dieciséis años. En *El presidio político en Cuba* y en *La República española ante la Revolución cubana* se encontrará su repudio por el gobierno colonial y por el metropolitano. “Esta España de acá —escribe— tan injusta, tan indiferente, tan semejante a la España repelente y desbordada de más allá del mar”.²²⁹ Su pasajera esperanza en los republicanos españoles desaparece para siempre al ver que

[...] hasta los hombres que sueñan con la federación universal, como el átomo libre dentro de la molécula libre, con el respeto a la independencia ajena como base de la fuerza y la independencia propias, anatematizaron la petición de los derechos que ellos piden, sancionaron la opresión de la independencia que ellos predicán.²³⁰

Y en Zaragoza le toca ver caer la República popular a manos del triunfante y consagrado espadón que cayó sobre él en Cuba. La posibilidad de entendimiento con la España política queda rota para siempre, confirmando su adolescente criterio separatista, que se recrudecerá más cada día, hasta la guerra y la muerte.

Violentamente condena la conquista y la colonia, por conquista y por española, esto es, por principio moral y jurídico y, a la vez, como motor necesario para echar a andar nuevamente al

²²⁸ José Martí: *Obras completas*, t. I, p. 25.

²²⁹ Ídem, p. 37.

²³⁰ Ídem, p. 35.

pueblo cubano en contra del régimen que lo oprime. Tampoco deja pasar ocasión de señalar las responsabilidades de la Iglesia Católica en la conquista y la dominación de América, en el pasado y el presente, como esclavizadora y como enemiga jurada de la independencia y la justicia. Insistentemente repite sus malos recuerdos del Madrid frívolo y del cuartelero, del parásito y del soldadón. A la España gobernadora le hace siempre una guerra sin cuartel. A través de todas las páginas de su obra se encontrarán los ataques bien fundados y los apasionados dictionarios. Nunca condesciende, jamás contemporiza. Esmeradamente evita cualquier referencia a España que pueda mal interpretarse, confundir o entibiar a los cubanos en su pelea.

Pudo, sin embargo, conciliar esta posición fuerte y cristalina con su amor de familiar, de hispano, por las esencias puras de España. Mucho es lo que escribe sobre España —sobre sus letras y sus artes, sobre su pueblo— en México, en Venezuela, en los Estados Unidos. Su conocimiento del teatro español, su admiración por los grandes escritores que fueron base de su estilo, su cariño por los maestros krausistas, la memoria emocionada del buen pueblo español, nunca faltan en sus páginas. “Que se marque al que no ame —escribe— para que la pena lo convierta. Por española no hemos de querer mal a Santa Teresa, que fue quien dijo que el diablo era el que no sabía amar”.²³¹ Distingue a cada paso los dos tipos de español: “los que prefieren la España del alcalde de Móstoles a la de Felipe II”,²³² y los “que quisieran sentarse, desgredados y humeantes, sobre las ruinas del mundo”.²³³ Aclara muy precisamente el sentido de la guerra: “la guerra no se ha de hacer, en un país de españoles y criollos, contra los españoles que viven en el país, sino contra la dependencia de una nación incapaz de gobernar un pueblo que sólo puede ser feliz sin ella”.²³⁴ “La guerra nueva no será de cubanos contra españoles, sino de los amigos de su libertad contra sus enemigos”.²³⁵ “Hay que ligarse con los españoles buenos; no

²³¹ *Ibíd.*, t. X, p. 143.

²³² *Ibíd.*, t. IV, p. 50.

²³³ *Ídem.*, p. 51.

²³⁴ *Ibíd.*, t. II, p. 149.

²³⁵ *Ibíd.*, t. III, p. 142.

con los españoles pagados, del último sudor de Cuba, para ahogar en sangre a los españoles y cubanos que aspiren en ella a ser felices, y a verla feliz”.²³⁶ Exclama en otro de sus discursos:

¿Temer al español liberal y bueno, a mi padre valenciano, a mi fiador montañés, al gaditano que me velaba el sueño febril, al catalán que juraba y votaba porque no quería el criollo huir con sus vestidos, al malagueño que saca en sus espaldas del hospital al cubano impotente, al gallego que muere en la nieve extranjera al volver de dejar el pan del mes en la casa del general en jefe de la guerra cubana? ¡Por la libertad del hombre se pelea en Cuba, y hay muchos españoles que aman la libertad! ¡A estos españoles los atacarán otros: yo los ampararé toda mi vida!²³⁷

Impera en Martí el respeto al hombre y el amor al bueno, por encima de razas y credos; y guarda además la gratitud personal por cada acción generosa de que fue objeto o testigo. El párrafo anterior —es visible— está hecho de hondos recuerdos.

Enemigo de la dominación española en América, partidario y jefe de la Independencia cubana, es consecuente en todos sus actos y sus palabras. No maneja los pensamientos como barajas, ni gusta —cosa tan común en el intelectual embarcado en la política— de llegar “por comprensión” a ser más grato al adversario que al correligionario. Ni miedo ni alcahuetería relajan su mente lúcida.

Salió Martí más airoso que nadie del conflicto en que estuvieron todos los hispanoamericanos anteriores al 98. Era difícil manifestarse devoto de las letras españolas sin que se malentendiese que estaba con la opresión, y sin que los que la ejercían no aprovecharan inmediatamente los elogios para justificar la tutela sobre América. Era necesario hacer repetidos distinguos entre una cosa y otra para no parecer un hispanoamericano servil o colonial. Recrudecía más su problema, su oposición a la política norteamericana, su fe en “nuestra América”. ¿Cómo llamar

²³⁶ *Ibíd.*, t. IV, p. 87.

²³⁷ *Ibíd.*, t. IX, 167.

a esta? ¿Cómo decir “la América española” sin dar pie al enemigo para contestar que por encima de lo accidental y transitorio de una guerra pequeña estaba lo fundamental y eterno de una cultura? Sin traicionarse, se atrevió a decir:

Las familias de pueblos, como los partidos políticos, frente al peligro común, aprietan sus lazos. Acaso lave la culpa histórica de la conquista española en América, en la corriente de los siglos, el haber poblado el continente del porvenir con naciones de una misma familia que, en cuanto salga de la infancia brutal, sólo para estrechárselas tenderán las manos...²³⁸

A España se la puede amar, y los mismos que sentimos sus latigazos sobre el hígado, la queremos bien; pero no por lo que fue ni por lo que violó [...], sino por la hermosura de su tierra, carácter sincero y romántico de sus hijos, ardorosa voluntad con que entra en el concierto humano y razones históricas que a todos alcanzan...²³⁹

Así eran las dos Españas que Martí recordaba y sentía: “[...] la España podrida de la monarquía conquistadora [...] en que renace apenas la España estancada de las nacionalidades”.²⁴⁰ En el fiel de esta balanza de justicia, Martí supo ser un peleador de nervio y sin odio.

México

México estaba, desde su adolescencia en La Habana, en el corazón de Martí. La defensa de la patria y el liberalismo mexicano, simbolizados en Juárez, conmovieron a todos los rebeldes cubanos. Esa es la razón —aparte de la cercanía a Cuba— que lo hace emigrar a México a fines de 1874, al terminar sus estudios de Derecho y Letras en la Universidad de Zaragoza. Con extraordinaria emoción toca el puerto yucateco de Progreso, y el de Campeche, antes de llegar —el 8 de febrero de 1875— a Veracruz. Con ojos maravillados sube a la altiplanicie. Un pasmo

²³⁸ *Ibíd.*, t. XXI, p. 104.

²³⁹ *Ibíd.*, t. XX, pp. 120-130.

²⁴⁰ *Ibíd.*, t. IX, p. 238.

poético, que recuerda el de Bernal Díaz, le hace escribir estas primeras palabras sobre el paisaje mexicano:

La tierra se abre a los pies, honda, verdadera, serpeada a cuartones, a fajas verdes, verdeoscuras, amarillo de oro, con su verdor cespicio en la tierra negruzca, con su hilo de techos y árboles por lo largo del camino, y los montes alrededor, prendida la sombra de un pico a otro, o cogida de un hombro [...]. La india de rebozo azul ofrece por la ventanilla una cesta de granados [...]. Por los cortes rojos va bajando, sujetando su aliento, la locomotora. Una ave parda cruza en lo alto del abismo. Por una caída, como cosida a pespunte, está la tierra cultivada...²⁴¹

No es poco el tiempo que vive en México —dos años, dos años profundos—, no poco lo que ve, ni poco lo que hace. El 29 de diciembre de 1876 sale de la capital de México, tocando otra vez Veracruz, rumbo a La Habana, y el 24 de febrero de 1877 vuelve al puerto jarocho, para continuar su viaje a Guatemala; y entonces ve una isla mexicana, la de Mujeres, y una tierra bajo mando inglés, Honduras Británica o Belice, para completar su segundo contacto con el mundo maya en la República de Guatemala. Nueve meses después da otro gran jalón en su conocimiento de la geografía y el espíritu de México al trasladarse —para contraer matrimonio— del puerto guatemalteco de San José a Acapulco, por barco; y en mula, en diligencia y en ferrocarril a la ciudad de México. De regreso por la misma vía a Guatemala, acompañado de su esposa, acaba de conocer el trópico mexicano del Pacífico. Años más tarde, en 1894, hizo una nueva visita a México, tocando dos veces Veracruz. En sus artículos de la época, y en los de después, se verá la amplitud de su conocimiento de la tierra mexicana, y la profunda huella que dejó en su espíritu sensible de joven de veintidós años.

En México hace vida política y literaria muy activas. Colabora diariamente en su prensa, interviene con sus artículos en la defensa del amenazado régimen juarista de Lerdo de Tejada, se

²⁴¹ *Ibidem*, t. LV, p. 21.

codea con gentes de pensamiento y de pluma, conoce y escribe sobre teatro y pintura. La importancia de México en la vida sentimental, intelectual y política del cubano es muy grande: vivió feliz como hombre, se ganó bien el pan, amó y fue amado, se sintió ciudadano sin perder un ápice de su cubanidad —en torno a la independencia de Cuba sostuvo continuas polémicas—, sumó a su formación la de los hombres de la Reforma juarista, vio helada a la raza india y soñó con deshelarla, convivió con indios sabios e ilustres —Ignacio Ramírez e Ignacio Manuel Altamirano— y habló de la capacidad de su pueblo, tocó los restos imponentes de las culturas azteca y mayaquiché y halló en todo ello —pasado grandioso, presente batallador, finura indígena, revolución política— la base fundamental para levantar su fe americanista.

Sus artículos anticlericales tienen el acento que caracteriza a los más chinacos de los mexicanos de la época. No menos sus admoniciones al General Porfirio Díaz, ya jefe de la oposición al gobierno lerdistas:

[...] Decíase hace dos días lo que por fortuna se desmiente: decíase que el general Porfirio Díaz se dirige a Oaxaca, con ánimo de encender allí los rencores contra el gobierno actual [...].²⁴² Parece que el general Díaz ha renunciado al derecho de perturbar y desolar con una guerra nueva a su país, cuando sabe que en el combate habrían de emplearse hermanos valientes y generosos que como él han luchado, y luchan hoy como él lucharía, en defensa de la madre común libertad [...]. Cuando la patria se salva ¿contribuirán a perderla la imprudencia y la ira personal de un hombre honrado y valiente?²⁴³

[...] Pero ¿no se avergüenzan los católicos mexicanos de acudir para defenderse a estos bandidos prófugos de cárceles...? ¿qué Dios villano es ése que estupra mujeres e incendia pueblos? [...].²⁴⁴ ¿Qué hacen los

²⁴² *Ibíd.*, t. XLVIII, p. 95.

²⁴³ *Ídem.*, pp. 137-138.

²⁴⁴ *Ídem.*, p. 66.

periódicos católicos? Lo que hacen en todos los tiempos: vestirse con el manto de la piedad; bajar a tierra estos ojos humanos que se han hecho para mirar de frente a todo; disimular bajo sus vestiduras negras las iracundas palpitaciones de su corazón [...].²⁴⁵

En vano es pretender que vengan a camino de amor patrio y paz los defensores de la religión católica, ciegos como el despecho, e iracundos como dueños destronados [...].²⁴⁶

La bandera está sobre la cruz, porque la cruz se hizo enseña de tiránica ambición y errores tristes. A la par estarían, si la cruz no hubiese horadado y vendido a la bandera [...].²⁴⁷

[...] No es un partido político al que debe tratarse de extinguir: sus errores lo han matado, y está bien muerto. Es una idea fanática, es una historia sombría, es un germen de desastres él que se ahoga, impidiendo las resurrecciones desesperadas y parciales de esa doctrina funesta que en él instante de la victoria vende a la patria, y en los días de la humillación la divide, la detiene y la ensangrenta. Preciso es que entiendan que ya no tienen en México esperanza alguna de vida: la deshonra mata bien aquello que mata [...].²⁴⁸

Pues ¿cómo puede olvidarse lo que la Constitución de 1857 significa? Es en sí un código templado, moderado, justo: pero ¿quién puede desconocer cuántas heridas están abiertas, cuántos males están palpitanes, cuántos elementos dañosos hay en la constitución de nuestro pueblo por el dominio y afán absorbente de la doctrina católica? La Constitución de 1857 fue, más que una creación, una reacción. Manchada por las manos que la vendieron al rey extranjero, redimida está ya de sobra con la generosa sangre de sus hijos que la han traído de

²⁴⁵ Ídem, pp. 66-67.

²⁴⁶ Ídem, pp. 93-94.

²⁴⁷ Ídem, p. 154.

²⁴⁸ Ídem, p. 201.

nuevo a los altares de la ley. Los odios han muerto; pero las susceptibilidades están vivas. La intolerancia, ejercida por la libertad como por la religión, exalta a todo ánimo justo; pero también merece sus censuras la tolerancia que puede tenerse como especial predilección y simpatía. Tolerar es permitir que se haga; pero de ningún modo es hacer lo que se tolera.²⁴⁹

La religión católica tiene dos fases que merecen cada una peculiar consideración [...] religión de la dulzura [y] cortesana de la ambición y la fuerza.²⁵⁰

De su vida y su actuación en México sacó Martí el temor y el repudio del caudillismo militar, que lo previno contra el presidente de Guatemala, Rufino Barrios, y lo hizo enfrentarse al de Venezuela, Antonio Guzmán Blanco, e inspiró su política cubana desde su ruptura con Máximo Gómez en 1884 hasta su discusión con Antonio Maceo en la hacienda de La Mejorana poco antes de su muerte; y también de su estancia en México partió su decidida oposición a la Iglesia Católica como poder político, a la que siempre señaló —desde entonces— como cómplice de la explotación del indio durante la Colonia y la Independencia, y cuyas contradicciones va a examinar continuamente en sus artículos de los Estados Unidos. Su americanismo anticaudillista y anticonfesional tiene los cimientos en México, y Martí lo deja ver, complacido, a cada paso.

Otro ingrediente fundamental del americanismo de Martí es su indigenismo, nacido en México y confirmado en Guatemala. Tiene varias facetas, trascendentales en la obra del escritor y del político. En sus colaboraciones periodísticas de la ciudad de México se conduce sin cesar de la pobreza del indio, de su postración, de sus dolores: “Y esto —dice— es un pueblo entero; ésta es una raza olvidada: ésta es la sin ventura población indígena de México”.²⁵¹ Al lado de los hombres de la Reforma, Martí pide para el indio pan y enseñanza, redención y dignificación profundas.

²⁴⁹ Ídem, t. XLIX, p. 34.

²⁵⁰ Ídem, t. XLVIII, pp. 81-82.

²⁵¹ Ídem, pp. 166-167.

[...] ¿Qué ha de redimir a esos hombres? La enseñanza obligatoria. ¿Solamente la enseñanza obligatoria, cuyos beneficios no entienden y cuya obra es lenta? No la enseñanza solamente: la misión, el cuidado, el trabajo bien retribuido. En la redención humana, es verdad que la redención empieza por la satisfacción del propio interés. Dense necesidades a estos seres: de la necesidad viene la aspiración, animadora de la vida.²⁵²

Su indigenismo mexicano no solo descansa en la aspiración de justicia para el olvidado y el explotado, no solo se asienta en una caritativa emoción cristiana; es de más quilates: cree en la energía, en la capacidad, en la inteligencia, en la bondad del indio. “Un indio que sabe leer —escribe en México— puede ser Benito Juárez...”.²⁵³ Y en los Estados Unidos, cuando Charles Dudley Warner habla de “las piernas pobres” del indio mexicano, le contesta:

Conque las piernas fuertes hacen los corazones animosos! [...] ¡Esa nación ha nacido de esas piernas pobres! ¡Más ha hecho México en subir donde está, que los Estados Unidos en mantenerse, decayendo, de donde vinieron! ¡Piernas pobres! Davides han hecho más que Goliates; [...] las piernas pobres no arremetieron mal el Cinco de Mayo...

Y recuerda al guía que lo llevaba una vez a Acapulco, y se enfrentó a cierto francés corpulento con sus piernas pobres. En otra ocasión, rememora al cacique indio que le decía al Jefe blanco: “Tú te sometiste... Yo no me sometí; yo no tengo amo”. De Juárez dice en otra ocasión: “Aquel indio egregio y soberano, que se sentará perpetuamente a los ojos de los hombres al lado de Bolívar [y] en quien el alma humana tomó el temple y el brillo del bronce”.²⁵⁴ Vive en la admiración de Juárez, nacida en Cuba —su maestro Mendive le dedicó una “Oda”—, y multiplicada en México, pareja a la que siente por Ignacio Ramírez, el liberal de la política y el clasicista de las letras, y por Ignacio

²⁵² *Ibíd.*, t. XLIX, p. 103.

²⁵³ *Ídem.*, p. 156.

²⁵⁴ *Ibíd.*, t. XXIII, p. 139.

Manuel Altamirano, cuya nota de “indio, americano y demócrata” —puesta tras de su firma en los versos que dirigió a Betances— lo conmueve y lo orienta. El indio vivo de México impregnó su indigenismo de fe en las altas virtudes de la raza americana.

También le dio fe en el indio el pasado maya de Yucatán y de Guatemala, y el azteca de la altiplanicie: tras de ver sus ruinas, y respirar su aire, hizo sobre ellos muchas y continuas lecturas.

¡Qué instituciones tenía Tlaxcala! —escribió. ¡Qué bravos, Mayapán! Teotitlán ¡qué escuelas! México ¡qué talleres, plazas y acueductos! Zempoala ¡qué templos! Los Andes ¡qué calzadas! El espíritu de los hombres flota sobre la tierra y se le respira! [...] Se viene de padres de Valencia y madres de Canarias, y se siente correr por las venas la sangre enardecida de Tamanaco y Paracamoni... La inteligencia americana es un penacho indígena. ¿No se ve cómo del mismo golpe que paralizó al indio, se paralizó a América?...²⁵⁵

Martí saca así de México la buena doctrina indigenista, que en su tiempo solo podía darle el grupo avanzado de los hombres de la Reforma. Otros países le hubieran dado una impresión enana del pasado indígena, y otros la sensación de una decadencia irremediable. Con algunas asperezas antiespañolas no solo justificables sino loables en quien estaba en guerra con la Península, Martí profesó el indigenismo mejor, cabal, con muy positiva emoción moral y estética, de signo constructivo, frente y contra la posición muerta e infecunda de españoles imperialistas y de hispanoamericanos coloniales o “malinchistas”. Ya se ve que ante el caudillismo, ante la Iglesia como poder político y ante el indio, es un mexicano del 57.

Nacido y criado cerca de mulatos y negros cubanos, y dentro del grupo liberal de Mendive. Martí fue antirracista desde su infancia. Aunque en su obra anterior a su estancia en México hay solo alusiones personales a los negros —sus compañeros de presidio en Cuba— es indudable que allí se inició, al fuego

²⁵⁵ *Ibíd.*, t. XXIII, p. 112-113.

de la primera guerra de independencia cubana, su amor por la otra raza esclavizada; pero también lo es que el México de la Reforma le dio los más copiosos y puros materiales antidiscriminatorios que lo llevarían a su prédica de igualdad absoluta de blancos y negros. No es de poca monta este criterio en su americanismo continental y universal.

Por estos caminos —la contemplación y el estudio de las grandes civilizaciones indígenas de México, el doloroso espectáculo del indio vencido, la estimulante lección del indio enérgico y del indio sabio— llega Martí a muy trascendentales conclusiones. El indio americano es historia imponente y su postración es entuerto por desfacer; y los indios ilustres de su época —Juárez, en primer término— son el asiento de su esperanza y el ejemplo de cómo se conquista la libertad y la justicia dentro de América y frente a los peligros exteriores. Son muchas las frases suyas que habría que destacar:

[...] y el indio Benito Juárez, que echó un imperio al mar [...] y reconquistó y aseguró la independencia de su tierra...²⁵⁶

La invasión de un poder europeo en América [...] el espantapájaros que mató de una vez Juárez...²⁵⁷

[...] la muerte por el derecho del país funde, al fuego de la Reforma, al indio y al criollo; y se alza Juárez, cruzado de brazos, como fragua encendida en las entrañas de una roca.²⁵⁸

Juárez, el indio descalzo [...] echó el cadáver de Maximiliano sobre la última conspiración clerical contra la libertad del nuevo continente [...]. Hasta ahora no había América [...] la tierra mestiza anuncia al mundo que ya es nación el indio solo de los treinta fieles.²⁵⁹

Esto es: Juárez y la Reforma son la independencia de México; son la independencia de América frente a los poderes

²⁵⁶ *Ibíd.*, t. V, p. 113.

²⁵⁷ *Ibíd.*, t. II, p. 84.

²⁵⁸ *Ibíd.*, t. XXII, p. 75.

²⁵⁹ *Ibíd.*, t. XVIII, pp. 207-209.

europesos y las conspiraciones clericales, son —pues— el liberalismo triunfante; Juárez, “el indio solo”, “ya es nación”; la Reforma funde al indio y al criollo y así nace la tierra mestiza; y eso es América, que “hasta ahora no había”. México forma en Martí un concepto de americanismo patriótico, liberal y mestizo, asentado sobre un indigenismo ético y estético. Lo indio, lo americano y lo demócrata —las tres esencias de Altamirano— forman en Martí una pieza entera y decisiva.

Punto de la mayor importancia es también la presencia de Martí en los cenáculos literarios de México, cuando se iniciaba la revolución modernista, en donde convive con Justo Sierra, y Manuel Gutiérrez Nájera, y otros renovadores y orientadores de la nueva literatura mexicana. Si a alguna rama del Modernismo habría que incorporar a Martí, sería a la nuestra. Allí —entre las letras mexicanas, ante la pintura mexicana— escribe sus primeras prédicas de americanismo literario y artístico:

México necesita una literatura mexicana... ¿Cómo quiere tener vida propia y altiva el pueblo que paga y sufre la influencia de los decaimientos y desnudeces repugnantes de la gastada vida ajena?²⁶⁰

México tiene su vida: tenga su teatro... ¿Por qué en la tierra nueva americana se ha de vivir la vieja vida europea?²⁶¹

Todo anda y se transforma [...]. Imagínese y créese; pero no se ate la imaginación a épocas muertas, ni se obligue al pincel a mojarse en los colores del siglo *x* y del *xiv* [...]. Copien la luz en el Ximantécatl y el dolor en el rostro de Cuauhtemotzin... Hay grandeza y originalidad en nuestra historia: haya vida original y potente en nuestra pintura...²⁶²

Se piensa, leyéndolo, en el movimiento literario y, sobre todo, en la pintura mexicana de nuestro tiempo. De modo que no solo recibía de México, sino daba. De la entraña de México y de la Reforma recoge Martí, sin que haya la menor duda, los

²⁶⁰ *Ibíd.*, t. XLVIII, p. 23.

²⁶¹ *Ídem.*, p. 83.

²⁶² *Ibíd.*, t. L, p. 83-84.

gérmenes del americanismo que presidiría su obra política y literaria y que regaría, desde sus colaboraciones de Nueva York, por todo el Continente.

De México también se llevó los pensamientos que hicieron su posición antianexionista y antimperialista respecto a los Estados Unidos. Su amor por México lo lleva a escribir muchas de sus páginas más hermosas y más violentas:

¡Oh México querido, oh México adorado, ve los peligros que te cercan! ¡Oye el clamor de un hijo tuyo, que no nació de tí! Por el Norte un vecino avieso se cuaja. Tú te ordenarás, tú entenderás, tú te Guiarás; yo habré muerto, oh México, por defenderte y amarte; pero si tus manos flaqueasen, y no fueras digno de tu deber continental, yo lloraría debajo de la tierra, con lágrimas que serían luego vetas de hierro para lanzas, como un hijo, clavado a su ataúd, ve que un gusano le come a la madre las entrañas.²⁶³

Y muy claramente dijo su predilección por México, aun en comparación con “los buenos Estados Unidos”, con los democráticos:

[...] Y por ungida que esté para los hombres libres la América en que nació Lincoln, para nosotros, en el secreto de nuestro pecho... es más grande porque es nuestra y ha sido más infeliz, la América en que nació Juárez.²⁶⁴

Y la última carta que escribió en su vida, fechada en el campamento de Dos Ríos el 18 de mayo de 1895, en víspera de la última escaramuza guerrera y de su muerte, va dirigida a su entrañable amigo mexicano don Manuel Mercado —el más íntimo de todos, la más vieja y permanente amistad de las muchas que lo acompañaron desde lejos—; y en ella dice:

Mi hermano queridísimo: Ya puedo escribir, ya puedo decirle con qué ternura y agradecimiento y respeto lo quiero, y a esa casa que es mía y mi orgullo y obligación; ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi

²⁶³ *Ibíd.*, t. LV, p. 23.

²⁶⁴ *Ibíd.*, t. XXI, p. 201.

país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestra tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin. Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos —como ese de Ud. y mío— más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América al Norte revuelto y brutal que los desprecia, —les habían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio, que se hace en bien inmediato de ellos. —Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas:— y mi honda es la de David... Y México ¿no hallará modo sagaz, efectivo e inmediato de auxiliar, a tiempo, a quien lo defiende? Sí lo hallará, —o yo se lo hallaré—. Esto es muerte o vida, y no cabe errar...²⁶⁵

En suma: por ser México la primera tierra americana independiente en que vivió Martí, por haberla él elegido para emigrar desde su destierro en España, por las ligas liberales que con ella tenía desde su adolescencia habanera, por la vida plena y activa que en ella hizo, por haberle tocado en suerte una hora mexicana trascendental en lo político y en lo literario —la madurez de la Reforma, los umbrales del Modernismo—, por haberle dado México su profunda enseñanza de liberalismo anticaudillista y anticlerical, de independencia nacional, de indigenismo justiciero y estético, es el jalón más importante en su pensamiento americanista.

²⁶⁵ *Ibíd.*, t. VIII, pp. 270-273.

Guatemala y Venezuela

También muy importantes son, en la formación del americanismo de Martí, el año y medio que vivió en Guatemala —de febrero de 1877 a julio de 1878— y sus cinco intensos meses venezolanos —de marzo a 28 de julio de 1881.

En Guatemala fue profesor de varias materias en la Escuela Central Normal; escribió una obra dramática de aliento continental sobre la independencia del país —de la que solo se conservan fragmentos— y su ensayo *Guatemala*²⁶⁶, aparte de otros trabajos menores. En México se hizo el periodista político y asomó el crítico de literatura y de pintura; en Guatemala dio muchos pasos adelante el profesor y el orador. Su indigenismo y su anticaudillismo adquirieron con la experiencia de Guatemala otro firme pilar donde asentarse. La civilización mayaquiché, entrevista al pasar por tierras yucatecas, estuvo a su vista después de la azteca, y queda ligada a su conocimiento y a su sensibilidad tanto como esta. El indio de Guatemala, aun más postrado que el de México, hirió su sentido de justicia. Si de México se fue para no aceptar el triunfo militar del caudillo alzado y triunfante —el general Porfirio Díaz—, de Guatemala prefirió partir antes que soportar una arbitrariedad del caudillo en mando, el general Rufino Barrios: al presentar renuncia de su cargo de Director de la Escuela Normal el cubano José María Izaguirre, lo sigue en ella. En Guatemala nace su fe en la conveniencia y en la posibilidad de la unión centroamericana, que defenderá siempre, y sobre la que escribirá muy a menudo. El espectáculo grandioso de las montañas guatemaltecas dejará también honda huella en su espíritu. Un recuerdo agridulce le dejará un episodio —generalmente mencionado y casi nunca bien conocido— de su vida íntima: es el que encierran sus preciosos versos sobre “la niña de Guatemala”,²⁶⁷ bella criatura con la que comenzó un idilio romántico estorbado por el compromiso matrimonial de Martí, y quien murió, enferma de tuberculosis, poco después. En Guatemala Martí hizo ya buenos versos,

²⁶⁶ *Ibidem*, t. XIX, pp. 53-128.

²⁶⁷ *Ibidem*, t. XLI, p. 60.

mejores que casi todos los de su época anterior, y de allí nació la inspiración para “La niña de Guatemala”, uno de los mejores de toda su obra. Se ve que, por mil motivos, Guatemala entró también en la sangre de Martí, y a través de su obra se comprueba que le tuvo un amor permanente y fervoroso.

Allí en Guatemala es donde llama “Madre” a la América:

[...] Aquí en mi madre América la hermosura besa en la mejilla a cada mujer que nace; la Poesía besa en el corazón de cada hombre. El indómito gaucho canta su rencoroso cielito; el tapatío mexicano, su pintoresco jarabe; su punto enamorado, el guajiro de Cuba. Y más que las sombrías arboledas europeas, que abre a la caza el clásico día de San Humberto, hablan al alma las selvas bravas, junto al río; los palmares tupidos, junto al monte. La fantasía, virgen desnuda, tiene en América el casto seno henchido.²⁶⁸

En su conocida carta a José Joaquín Palma, redobla su profesión de fe americanista:

[...] Nosotros tenemos héroes que eternizar, heroínas que enaltecer, admirables pujanzas que encomiar: tenemos agraviada a la legión de nuestros mártires que nos pide, quejosa de nosotros, sus trenos y sus himnos. Dormir sobre Musset; apegarse a las alas de Víctor Hugo; herirse con el cilicio de Gustavo Bécquer; arrojarse en las cimas de Manfredo; abrazarse a las ninfas del Danubio; ser propio y querer ser ajeno; desdeñar el sol patrio, y calentarse al viejo sol de Europa; trocar las palmas por los fresnos, los lirios del Cantillo por la amapola pálida del Darro, vale tanto ¡oh amigo mío!, tanto como apostar. Apostasías en literatura, que preparan muy flojamente los ánimos para las venideras y originales luchas de la patria. Así comprometeremos sus destinos, torciéndola a ser copia de historia y pueblos extraños.²⁶⁹

²⁶⁸ *Ibíd.*, t. XIX, p. 148.

²⁶⁹ *Ibíd.*, t. XII, p. 27.

Elogia a Palma porque “nació en Bayamo, y es poeta bayamés”; porque “no corre en sus versos el aire frío del Norte: no hay en ellos la amargura postiza del Lied, el mal culpable de Byron, el dolor perfumado de Musset”.²⁷⁰ Su americanismo rechaza lo europeo y, sin precisar todavía claramente, el aire frío del Norte.

Acepta lo español mezclado a lo indígena americano:

[...] de indios y blancos se ha hecho un pueblo perezoso, vivaz, batallador; artístico por indio, por español terco y osado... de aquéllos tuvimos brío, tenacidad, histórica arrogancia; de los de obscura tez, tenemos amor a las artes, constancia singular, afable dulzura, original concepto de las cosas y cuanto a tierra nueva trae una raza nueva, detenida en su estado de larva ¡larva de águila! Ella será soberbia mariposa.²⁷¹

Así se va condensando en Guatemala este americanismo hecho de tierra y raza nuevas y potentes, sin desconocer las raíces españolas ya enlazadas y sumadas al tronco indígena:

Pero ¿qué haremos, indiferentes, hostiles, desunidos? ¿Qué haremos para dar todos más color a las dormidas alas del insecto? Por primera vez me parece buena una cadena para atar, dentro de un cerco mismo, a todos los pueblos de América. Pizarro conquistó el Perú cuando Atahualpa guerreaba a Huáscar, Cortés venció a Cuauhtémoc porque Xicoténcatl lo ayudó en la empresa, entró Alvarado en Guatemala porque los quichés rodeaban a los zutijiles. Puesto que la desunión fue nuestra muerte, ¿qué vulgar entendimiento, ni corazón mezquino, ha menester que se le diga que la unión depende de nuestra vida?²⁷²

Le preocupa que todos repiten esta idea, pero “no se buscan soluciones prácticas”. El sí quiere buscarlas. Nace así, en estas páginas más claramente que en las anteriores de México, un

²⁷⁰ *Ibíd.*, t. XII, p. 26.

²⁷¹ *Ibíd.*, t. XIX, p. 59.

²⁷² *Ídem.*, pp. 59-60.

nuevo apostolado continental, que no excluye sino completa el patriótico. Con la pasión de sus veinticuatro años lo dice: “Para unir vivo lo que la mala fortuna desunió. Más acá ha de saberse lo que más allá se hace y se vale, más allá de la frontera chiapaneca. Las manos están tendidas; ésta es la hora”.²⁷³

De Guatemala siguió a Honduras —tránsito del que poco se sabe— y allí se embarcó rumbo a Cuba, donde residió desde el 3 de septiembre de 1878 al 25 de septiembre de 1879, fecha de su segunda expulsión a España, en la que solo estuvo dos meses. Del 3 de enero de 1880 a febrero de 1881 estuvo en Nueva York —con el matrimonio ya casi roto—, y allí conoció, en la pensión donde fue a vivir, a varios venezolanos que lo animaron a establecerse en su patria. Entre estos estaba la dueña de la casa, Carmita Mantilla, que va a ser la verdadera compañera de su vida —comprensión y estímulo de sus empresas patrióticas y literarias—, y quien desde entonces y permanentemente lo liga a Venezuela. En marzo de 1881 sale Martí hacia Caracas, en su tercera experiencia hispanoamericana, fracasados los intentos de insurrección cubana a que se dedicó en Nueva York.

Con su discurso del Club del Comercio de Caracas —que es uno de los más útiles para conocer la marcha de su sentido americanista— y con sus clases en el Colegio de Guillermo Tell Villegas, inicia sus actividades. Y realiza el plan que había concebido en Guatemala: una revista, que iba a llamarse *Revista Guatemalteca*, y ahora aparece con el nombre de *Revista Venezolana*, de la que aparecen dos números escritos casi íntegramente por él, donde se revela ya prosista maduro, y en donde sobresalen sus excelentes ensayos sobre don Miguel Peña y Cecilio Acosta.²⁷⁴ Su triunfo intelectual no alcanza la aprobación del Presidente de la República, don Antonio Guzmán Blanco —“el ilustre americano” se llamaba Guzmán a sí mismo, pero Martí no compartía esa opinión— y prefiere emigrar que ceder a sus directivas. El 28 de julio, con apresuramiento significativo, sale para Nueva York.

²⁷³ Ídem, p. 61.

²⁷⁴ Ídem, pp. 9-60.

En *La Edad de Oro* recuerda Martí:

Cuentan que un viajero llegó un día a Caracas al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó dónde se comía ni se dormía, sino cómo se iba adonde estaba la estatua de Bolívar. Y cuentan que el viajero, solo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua, que parecía que se movía, como llora un padre cuando se le acerca un hijo.²⁷⁵

Y en su discurso del Club del Comercio, apenas llegado a Caracas, dijo: “Luché en mi patria, y fui vencido. Se sabe que al poema de 1810 falta una estrofa, y yo, cuando sus verdaderos poetas habían desaparecido, quise escribirla”.²⁷⁶

Siempre consideró a Venezuela “la cuna”, como la Grecia de las razas latinas de Europa, de los pueblos americanos”.²⁷⁷ En la *Revista Venezolana* menciona a Carabobo como la batalla “donde muere Hernán Cortés”.²⁷⁸ En Venezuela nace, pues, la América libre. La gloria de Bolívar, el ardor épico de su batallar, lo seducen y enfebrecen por encima de todo, y cuando escribe o habla sobre él alcanza su mayor elocuencia y su más alta voz americanista. Mucho y bueno puede seleccionarse en la obra de Martí; pero nada será superior a su extraordinario discurso de 1893 sobre Bolívar. A la carta que dirigió antes de su muerte a don Federico Henríquez Carvajal se le ha llamado su testamento-político; a la que dirigió a Gonzalo de Quesada y Aróstegui, su testamento-literario; a ese discurso puede llamársele con igual razón su testamento-americano. No toma partido —Martí no sufría de mutilaciones— en el “duelo entre muertos” que ha disminuido a los grandes de América, por supuesto: no por la admiración a Bolívar deja de reconocer el ejemplo de San Martín, que “no fue el menos grande”, ni descende su cariño por don Miguel Hidalgo: esos son sus “tres héroes”. Y sin duda se siente más cerca, en ciertos aspectos, de Juárez, por pobre y por indio. Su fe no veda su juicio: apunta que “Bolívar no pudo,

²⁷⁵ *Ibíd.*, t. XXIV, p. 14.

²⁷⁶ *Ibíd.*, t. XXII, p. 94.

²⁷⁷ *Ibíd.*, t. XX, p. 75.

²⁷⁸ *Ibíd.* p. 17.

por no tenerla en el redañó, ni venirle del hábito ni de la casta, conocer la fuerza moderadora del alma popular...”.²⁷⁹ Pero el fragor de la guerra a muerte y el vuelo romántico de Bolívar tenían que ser los resortes más vivos en José Martí. Venezuela es la cuna de América y Bolívar el padre de la libertad del Continente: el visionario cubano va a Caracas a recibir el espaldarazo, se acerca al héroe como un hijo, sabe que le toca escribir la última estrofa del poema en que Bolívar escribió la primera y más ardiente.

No olvida nunca, además, la deuda cubana con Venezuela, Bolívar y con Páez. Aparece en toda su obra, aquí y allá. En incurso sobre Heredia, dice en 1889:

Y ya ponía el pie en el estribo, cuando un hombre que hablaba inglés, y que venía del Norte con papeles de gobierno, le asió el caballo de la brida, y le habló así: “¡Yo soy libre, y tú eres libre; pero ese pueblo que ha de ser mío, porque lo quiero para mí, no puede ser libre!” Y al ver Heredia criminal a la libertad, y ambiciosa como la tiranía se cubrió el rostro con la capa de la tempestad, y comenzó a morir.²⁸⁰

Un año después, en un artículo de *El Porvenir*, escribe:

¿Podrá un cubano, a quien estos recuerdos estremecen, olvidar que cuando tras de dieciséis años de pelea, descansaba por fin la lanza de Páez en el Palacio de la Presidencia de Venezuela, a una voz de Bolívar salió sobre la cuja, dispuesta a cruzar el mar con el batallón de “Junín”, que va magnífico, para caer en un puerto cubano, dar libres a los negros y coronar así su gloria de redentores con una hazaña que impidieron la sublevación de Bustamante en el Perú, adonde “Junín” tuvo que volver a marchas prontas, y la protesta del Gobierno de Washington, que “no deseaba cambio alguno en la condición ni en la posición política de Cuba?” Bolívar sí lo deseaba, que, solicitado por los cubanos de México

²⁷⁹ *Ibíd.*, t. XVIII, p. 192.

²⁸⁰ *Ibíd.*, t. XII, p. 152.

y ayudado por los mexicanos, quiso a la vez dar empleo feliz al ejército ocioso y sacar de la servidumbre, para seguridad y adelanto de la América, a la isla que parece salir, en nombre de ella, a contar su hermosura y a brindar sus asilos al viajero cansado de la mar! Páez si lo deseaba, que al oír, ya cano y viejo, renovarse la lucha de América en su isla ¡volvió a pedir su caballo y su lanza!²⁸¹

Y hasta en una nota volandera de *Patria*, dice en 1894:

Mucho recuerdo hay en que andan juntos el general Páez y los cubanos, y a no ser por los vecinos del Norte, en Cuba habría rematado el llanero su cabalgata de libertador.²⁸²

Con amor recordará la geografía de Venezuela, “donde los montes plegados parecen, más que dobleces de la tierra, los mantos abandonados por los héroes al ir a dar cuenta al cielo de sus batallas por la libertad”,²⁸³ no dejará de señalar —porque amor no quita conocimiento— “que lleva aun en el hueso... el déspota”,²⁸⁴ ni faltarán en sus palabras los giros y términos venezolanos, sabrosos y útiles, que oye en su diaria vida neoyorquina. Lleva a Venezuela en lo más hondo de su naturaleza. En 1881, al dejarla rumbo a Nueva York, escribe su carta a Fausto Teodoro de Aldrey, que es una profesión de fe venezolanista:

Muy hidalgos corazones he sentido latir en esta tierra... De América soy hijo: a ella me debo. Y de América, a cuya revelación, sacudimiento y fundación urgente me consagro, ésta es la cuna; ni hay para labios dulces copa amarga; ni el áspid muerde en pechos varoniles; ni de su cuna reniegan hijos fieles. Déme Venezuela en qué servirla: ella tiene en mí un hijo.²⁸⁵

²⁸¹ *Ibíd.*, t. XVIII, pp. 152-153.

²⁸² *Ibíd.*, p. 203.

²⁸³ *Ibíd.*, t. XII, p. 157.

²⁸⁴ *Ibíd.*, t. XXI, p. 104.

²⁸⁵ *Ibíd.*, t. XX, p. 114.

Y no sin intención pronunció en Nueva York, en la Sociedad Literaria Hispanoamericana, en 1891 —cuando empezaba a sentirse ya de salida de este mundo, y quería pagar sus deudas— sus tres breves y hermosos discursos sobre Centroamérica, México y Venezuela. De esta dijo:

Porque yo no sé que haya derecho más grato que el de admirar como hijo al pueblo por donde América mostró al mundo cómo la libertad vence desnuda, sin más cureña que el lomo del caballo ni más rancho que recortes de cuero... de venerar como hijo a la tierra que nos ha dado en nuestro primer guerrero a nuestro primer político, y el más profundo de nuestros legisladores en el más terso y artístico de nuestros poetas; de amar como hijo a la república donde las almas, a modo de espada de fábrica finísima, son todas de acero, que pica frente a frente para quien les pellizca la dignidad o les rebana la tierra del país, y para el que afuera va a pedirles techo y pan son todas puños de oro... ¡Héroes tuvo Venezuela, bellos como banderas desgarradas, y como el potro fiero de su escudo, y como el rayo primero del Sol, en la pelea sobrenatural de la Independencia! ¡y héroes ha tenido, no menos útiles por ser menos gloriosos, en esta brega de amasar, con cadáveres, y con desterrados, y con presos, los cimientos firmes e incommovibles de una verdadera república!... Entonces fue cuando se enseñó... en sus quilates mayores, el alma de la mujer de Venezuela, palma en el salón, y sol suave en la casa, y amiga en la adversidad; de aquella mujer que sabe unir, sin egoísmo ni rudeza, el albedrío al decoro... Y al mirar al pie de esta bandera, más limpia de sangre inocente que ninguna otra de las grandes banderas del mundo, y más empapada de sangre gloriosa, los hijos agradecidos de nuestra familia de pueblos, que vienen a poner las almas, atónitas aun de admiración, ante la madre de nuestras repúblicas, siento que en las botas de pelear, que no se ha quitado todavía, se pone en pie el genio de América, y mira satisfecho, con el fuego vivífico de sus ojos, a los que de buena voluntad para todos los pueblos buenos de la Tierra, cumplen, sin comprometerlo

con coqueterías de salto atrás ni con deslumbramientos pueriles, su legado de juntar en un haz las hijas todas de nuestra alma de América.²⁸⁶

Nuestra América

Su hispanoamericanidad —ya se ha visto— nace en México y se acendra en Guatemala y en Venezuela. De Cuba va Martí a América, de la cubanidad a la hispanoamericanidad, y luego, en el mejor sentido, a la americanidad total, esto es, por firmes y sustanciosas etapas. No hay saltos de frivolidad ni de oportunismo. Ya Cuba, por sí misma, le había dado parte de los guarismos que forman el sumando de América: el español colonial, el negro y el norteamericano; en España despejó incógnitas fundamentales, tocó las raíces culturales y los problemas políticos; en México conoció y admiró al indio, tomó fe en él y ganó pasión para su causa, y entró hondo en la batalla política contra caudillismo, clericalismo y peligro extranjero; en Guatemala confirmó la enseñanza, y en Venezuela recogió las raíces de la independencia gloriosa. De Cuba, pues, va a los países del Golfo y del Caribe, de la cubanidad a la hispanoamericanidad, a una hispanoamericanidad total de concepto, aunque geográficamente restringida. En la cosmopolita ciudad de Nueva York —donde reside, salvo cortos viajes, por quince años— su hispanoamericanidad se completará en todos sentidos. Allí conocerá a personas de todo el Continente, tanto en su vida íntima como en la pública. Leerá libros de toda América, escribirá en los periódicos de todos sus países. Su colaboración de diez años en *La Nación* de Buenos Aires lo pondrá en estrecho contacto con el Sur del Continente. Nombrado en 1887 Cónsul del Uruguay en Nueva York, y de la Argentina y el Paraguay en 1890, vivirá ligado a esos países. De Caracas, del Salvador, de Bogotá, de México, de Honduras, de todas partes se le hacen distinciones. Será a la vez un cónsul de Hispanoamérica, “para sostener a lo lejos lo que de su patria anda por allí rozando con intereses extraños” —cosa que Sarmiento le pedía que no fuese²⁸⁷, como ya

²⁸⁶ *Ibidem*, t. XXII, pp. 78-85.

²⁸⁷ D. F. Sarmiento: *Obras completas*, tomo XLVI, Buenos Aires, 1990, pp. 175-176.

se verá luego— y “un veedor fiel (y) un decidor leal” en cuanto a los Estados Unidos. Es, al mismo tiempo, un ciudadano hispanoamericano y un ciudadano neoyorquino, en fusión excepcional que ningún otro hispanoamericano ha alcanzado nunca tanto como él.

El impetuoso panorama de América —con el que se encuentra por primera vez en México— forma el capítulo inicial de su americanismo. Allí dice en 1875:

No somos aún bastante americanos. Todo continente debe tener su expresión propia: tenemos una vida legada y una literatura balbuciente. Hay en América hombres perfectos en literatura europea; pero no tenemos un literato exclusivamente americano. Ha de haber un poeta que se cierna sobre las cumbres de los Alpes de nuestra sierra, de nuestros altivos Rocallosos; un historiador potente más digno de Bolívar que de Washington, porque la América es el exabrupto, la brotación, las revelaciones, la vehemencia, y Washington es el héroe de la calma; formidable, pero sosegado; sublime, pero tranquilo.²⁸⁸

Desde entonces se le ve inclinado a eliminar de lo hispanoamericano a los Estados Unidos, a pesar de la mención de “nuestros altivos Rocallosos”; pero pronto abundarán las frases definitorias: “Del Bravo al Plata —exclama años después— no hay más que un solo pueblo”.²⁸⁹ Y enseguida:

[...] Como niñas en estación de amor echan los ojos ansiosos por el aire azul, en busca de gallardo novio, así vivimos suspensos de toda idea y grandeza ajena que trae cuño de Francia o de Norte América... Todo nuestro anhelo está en poner alma a alma y mano a mano los pueblos de nuestra América Latina. Vemos colosales peligros; vemos manera fácil y brillante de evitarlos; adivinamos, en la nueva acomodación de las fuerzas nacionales del mundo, siempre en movimiento, y ahora aceleradas,

²⁸⁸ *Ibíd.*, t. XLIX, p. 157.

²⁸⁹ *Ibíd.*, t. XVIII, p. 86.

el agrupamiento necesario y majestuoso de todos los miembros de la familia nacional americana. Pensar es prever. Es necesario ir acercando lo que ha de acabar por estar junto.²⁹⁰

Continúa en 1884:

Pueblo, y no pueblos, decimos de intento, por no parecemos que hay más que uno del Bravo a la Patagonia. Una ha de ser, pues que lo es, América, aun cuando no quisiera serlo; y los hermanos que pelean, juntos al cabo en una colosal acción espiritual, se amarán luego [...] para asombro de las edades y hogar amable de los hombres [...] surgirá en el porvenir de América, aunque no le divisen todavía los ojos débiles, la nación latina; ya no conquistadora como en Roma, sino hospitalaria.²⁹¹

Su artículo “Nuestra América”, tan difundido por periódicos y antologías, es el más esencial para este tema. Ya está maduro su hispanoamericanismo:

Lo que quede de aldea en América ha de despertar. Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas en la almohada [...]. Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos [...]. ¡los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! [...] A los sietemesinos sólo les faltará el valor. Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses [...]. No les alcanza al árbol difícil el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulsera, él brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol [...]. A adivinar salen los jóvenes al mundo, con anti-parras yankees o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen [...]. La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra [...]. Pero “estos países

²⁹⁰ *Ibíd.*, t. XX, p. 165.

²⁹¹ *Ibíd.*, t. XXIII, p. 87.

se salvarán”, como anunció Rivadavia el argentino [...]. Éramos una visión, con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño. Éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norte América y la montera de España. El indio, mudo, nos daba vueltas alrededor [...]. El negro, oteado, cantaba en la noche la música de su corazón [...]. El campesino, el creador, se revolvió, ciego de indignación contra la ciudad desdeñosa, contra su criatura. Éramos charreteras y togas, en países que venían al mundo con la alpargata en los pies y la vincha en la cabeza [...]. Ni el libro europeo, ni el libro yankee, daban la clave del enigma hispanoamericano [...]. Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América [...]. El deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante [...]. El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América [...]. ¡Porque ya suena el himno unánime: la generación actual lleva a cuestas, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora: del Bravo al Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí, por las naciones románticas del Continente, la semilla de la América nueva!²⁹²

“Del Bravo al Plata”, del “Bravo a la Patagonia”, “del Bravo al Magallanes” es su delimitación geográfica. Un solo pueblo ve, “aun cuando no quisiera serlo”, y cree que “acabará por estar junto”. “Familia nacional americana” llama a la “América latina”, y “nación latina” a su conjunto. Pero con independencia total, no solo de los Estados Unidos, sino de Francia. Ese es su hispanoamericanismo auténtico.

No hay duda alguna —para quien lee con atención a Martí— que para él lo español es fundamental en América, y la lengua que él tan bien manejaba el gran lazo de unión. Pero no lo decía mucho, para evitar una confusión que le repugnaba moralmente, y que políticamente podría dañar su causa patriótica. Repudiaba

²⁹² *Ibíd.*, t. XIX, pp. 9-22.

el canto a la conquista, a toda conquista, y sabía que los cubanos podrían desorientarse si él insistía en la raíz española de América, y que los hispanoamericanos coloniales inclinados a España en cuanto a la lucha de Cuba —no eran pocos— podrían sentirse justificados en su antiamericana actitud. Pero no por su justa vigilancia política llegó a negar la realidad. “Hispanoamérica” e “hispanoamericanos” son los términos que más usaba. “Los países que nacieron de las mismas entrañas dolorosas”,²⁹³ decía. Evitaba la palabra española, porque español era el enemigo a quien combatía. Para no decir América española dice a veces América latina, a pesar de ser hombre despreocupado de la latinidad. A menudo —cosa curiosa para quien no quiera explicársela— usa el término castellana, en el que podrían encontrar sabor imperial quienes conocieran historia, pero no los cubanos que le acompañaban en la lucha, generalmente hombres ajenos a tales matices. “Cuando descanse al fin de sus convulsiones... la América que habla castellano ¡que semillero de maravilla no va a salir a la luz del sol!”.²⁹⁴ En la misma ocasión dice: “Los pueblos castellanos de América han de volverse a juntar pronto, donde se vea, o donde no se vea. El corazón se los pide”.²⁹⁵ Allí, en el Congreso Panamericano de Washington, enfrentado a los intereses de los Estados Unidos, llama a los delegados de “su América”, “los delegados castellanos”, y a un acuerdo de ellos “el acuerdo feliz de la América castellana”.²⁹⁶ Y poco después, en un documento político dirigido a sus compatriotas cubanos, se refiere a “las naciones de la lengua castellana en América”.²⁹⁷ Buen acierto, porque decía la verdad sin dar facilidades de ataque a los españolistas que revisaban con dolo sus palabras.

Su hispanoamericanismo está edificado en el indio, siembre; y en la gloria de la independencia y en las letras hispanoamericanas. “Ni en Temístocles, ni en Pisistrato, ni en César, en el astuto Napoleón, ni en el honrado Washington halla alguno

²⁹³ *Ibíd.*, t. XII, p. 137.

²⁹⁴ *Ibíd.*, t. XII, p. 31.

²⁹⁵ *Ídem*, p. 103

²⁹⁶ *Ibíd.*, t. XXI, pp. 106-107.

²⁹⁷ *Ibíd.*, t. III, p. 60.

a Bolívar semejante”.²⁹⁸ La figura de Bolívar, al lado de la de Juárez, es la que más usa para acicatear a la América española, para darle fe en sí misma: “Hombre solar a quien no concibe la imaginación sino cabalgando en carrera frenética, con la cabeza rayana en las nubes, sobre caballo de fuego, asido del rayo, sembrando naciones”.²⁹⁹

Oh, no! En calma no se puede hablar de aquel que no vivió jamás en ella: ¿de Bolívar se puede hablar con una montaña por tribuna, o entre relámpagos y rayos, o con un manojo de pueblos libres en el puño y la tiranía descabezada a sus pies!³⁰⁰

Además de Bolívar, en su ejemplificación ardiente aparecen a cada momento Hidalgo, San Martín, Sucre, todos los fundadores de América. Vivió admirándolos, dándolos envueltos en su admiración, iluminando la grandeza animadora del pasado, y no sin descubrir toda grandeza de su presente. Cuando Rubén Darío pasa por Nueva York, lo honra y le llama “hijo”, palabra que el gran nicaragüense recordaba con honda emoción. Trataba Martí de edificar un hispanoamericanismo glorioso en las armas y en las letras, por la libertad y por la belleza, para deshelar a los tímidos y eliminar a los negadores y a los pesimistas. Escribe en 1884:

Buena lengua nos dio España, pero nos parece que no ha de quejarse de que se la maltratemos; quien quiera oír a Tirsos y Argensolas, ni en Valladolid mismo los busque, aunque es fama que hablan muy bien español los vallisoletanos: búsquelos entre las mozas apuestas y mancebos humildes de la América del Centro, donde aún se llama galán a un hombre hermoso: o en Caracas, donde a las contribuciones dicen pechos; o en México altivo, donde al trabajar llaman, como Moreto en una comedia, “hacer la lucha”. Y en cuanto a las leyes de la

²⁹⁸ *Ibíd.*, t. XVIII, p. 32.

²⁹⁹ *Ídem*, p. 75.

³⁰⁰ *Ídem*, p. 84.

lengua, no hay duda de que Baralt, Bello y Cuervo son sus más avisados legisladores.³⁰¹

Y también la lengua de los escritores de América —no solo la de su pueblo— le sirve para sostener nuestros quilates:

Crece la lengua dentro de sus propios cauces, y cada espíritu trae sus formas nuevas; que a no haber sido lícito variar las formas, haciendo versos estaríamos hoy a la manera de los de la Danza de la Muerte. Lengua áurea, vibrante y caudalosa habla el espíritu de América, cual conviene a su luminosidad, opulencia y hermosura. O la literatura es cosa vacía de sentido, o es la expresión del pueblo que la crea; los que se limitan a copiar el espíritu de los poetas de allende ¿no ven que con eso reconocen que no tienen patria, ni espíritu propio, ni son más que sombras de sí mismos que de limosna andan vivos por la tierra? ¡Ah! Es que por cada siglo que los pueblos han llevado cadenas, tardan por lo menos otro en quitárselas de encima.³⁰²

Hemos dicho antes que no hay página de Martí en donde no se mencione o no se piense en Cuba. Lo mismo podemos decir de Hispanoamérica. Historia, literatura, lengua, artes, hombres, cosas, todo le interesó, todo lo estudió, todo lo exaltó, todo lo divulgó. Su América, “nuestra América” está hecha de hispanoamericanismo literario y político, de letras y gloria épica; de un mestizaje de tierra, poblador aborigen y mestizo y criollo y cultura española; de una fusión de buenas tradiciones y un impulso de progreso y de modernidad; de la unión del Bravo al Magallanes como feliz realidad del “Continente del porvenir”.

Estados Unidos

Por haber sido los Estados Unidos el centro de operaciones de Martí durante quince años, y por haber ejercido sobre Cuba e Hispanoamérica en general tan decisiva influencia, tienen capital importancia en su vida y en su obra. Baste decir que sus

³⁰¹ *Ibíd.*, t. XXIII, p. 89.

³⁰² *Ibíd.*, t. XX, p. 133.

colaboraciones sobre los Estados Unidos ocupan diecisiete volúmenes de la edición de Trópico: tres con el rubro de “Norteamericanos” (XV a XVII) y catorce con el de “Escenas norteamericanas” (XXVII a XL), sin contar los incontables trabajos y cartas, contenidos en los demás tomos, que se refieren concretamente, o de paso, al mismo tema. Vivió entre norteamericanos y, en gran medida, dentro de su literatura, pendiente de su marcha política, sumergido en su ambiente. Hay una comprensión o correspondencia entre este hombre universal y moderno, incansable y progresista, y la ciudad atronadora, cosmopolita y en frenética marcha. Tanto Martí como Nueva York son tumultuosos y volcánicos. Fue un film genial, descomunal y barroco al mismo tiempo lo que escribió sobre la vida diaria de los Estados Unidos para la prensa de Hispanoamérica. Rubén Darío dijo en el artículo necrológico sobre Martí:

Allí aparecía Martí pensador, Martí filósofo, Martí pintor, Martí músico, Martí poeta siempre. Con una magia incomparable hacía ver unos Estados Unidos vivos y palpitantes, con su sol y sus almas. Aquella Nación colosal, la “sábana” de antaño, presentaba en sus columnas, a cada correo de Nueva York, espesas inundaciones de tinta. Los Estados Unidos de Bourget deleitan y divierten; los Estados Unidos de Groussac hacen pensar; los Estados Unidos de Martí son estupendo y encantador diorama que casi se diría aumenta el color de la visión real. Mi memoria se pierde en aquella montaña de imágenes, pero bien recuerdo un Grant marcial y un Sherman heroico, que no he visto más bellos en otra parte; una llegada de héroes del Polo; un puente de Brooklyn literario igual al de hierro; una hercúlea descripción de una exposición agrícola, vasta como los establos de Augías; unas primaveras floridas y unos veranos ¡oh, sí! mejores que los naturales; unos indios sioux que hablaban en lengua de Martí como si Manitu mismo les inspirase; unas nevadas que daban frío verdadero y un Walt Whitman patriarcal, prestigioso, líricamente augusto, antes,

mucho antes de que Francia conociera por Sarrazin al bíblico autor de las *Hojas de hierba*.³⁰³

Allí están —además de lo que Darío dice— los placeres gregarios de Coney Island, la peculiar fiesta de Christmas, el Año Nuevo de la muchedumbre, los deportes bárbaros como el boxeo, los finos como el tenis, las grandes huelgas y los problemas del capital y el trabajo, la ejecución de los obreros de Chicago, la inmigración europea vaciándose en muelles y ciudades, las mujeres que quieren votar, los barrios miserables y los opulentos de Nueva York, los judíos, los irlandeses, los rusos, los polacos, los italianos, los chinos, el terremoto de Charleston, los accidentes del elevado, el Thanksgiving Day, los commencement de los colegios y las universidades, los católicos y la excomuniación del padre MacGlynn, los linchamientos y las grandes óperas, el retorno de los héroes de la Jeannette, la voladura de Floack Rock, el Decoration Day y el casamiento de Cleveland, la invasión de Oklahoma, el Circo Barnum, Buffalo Bill y Jesse James, el teatro chino, Delmónico y su buena comida, las exposiciones de flores y caballos y toros, los boxeadores, los políticos, los banqueros, los gobernantes, los sabios, los artistas, los poetas, los actores, los apóstoles y los bandidos. Por sus páginas vaga siempre la figura de Lincoln redimiendo hombres, o la de Edison “que atraviesa como un símbolo la tierra”.³⁰⁴

Así presenta Martí su Nueva York:

La vida en Venecia es una góndola; en París, un carruaje dorado; en Madrid, un ramo de flores; en Nueva York, una locomotora de penacho humeante y entrañas encendidas. La mente, aturdida, continúa su labor en las horas de la noche dentro del cráneo iluminado. Se siente en las fauces, polvo; en la mente, trastornos; en el corazón, anhelo. Aquella calma conventual de las ciudades de la América del Sur [...] en esta tierra es vida. Se vive a caballo en una rueda. Se duerme sobre una rueda ardiente. Aquí los hombres no mueren, sino

³⁰³ *Los raros*, Mundo Latino, 1918, pp. 233-243.

³⁰⁴ José Martí: *Obras completas*, t. III, p. 163.

se derrumban, no son organismos que se desgastan, sino Ícaros que caen.³⁰⁵

En otra crónica, de paso, resume: “Aquí se coge la flor de la selva y se respira el vapor del antro. En esta colosal redoma, por maravillosa alquimia, se renueva la vida”.³⁰⁶

Martí desborda de entusiasmo por lo que él llama el “rebaño de reyes”.³⁰⁷ La vida de los Estados Unidos le parece admirable porque es un himno al trabajo. No deja su sueño de Cuba, ni se nubla su fidelidad a Hispanoamérica, pero vive y estudia los Estados Unidos. Sabe ver lo grande, y elogiarlo, y distinguir lo pequeño, y condenarlo. Su obra sobre los Estados Unidos es de elogio, a menudo exaltado, a veces reverente; de amarga censura cuando ve caminos contrarios a la libertad en el país que —insistentemente lo repite— se fundó sobre ella; y de ataque, claro y aun virulento, cuando la contradicción de las buenas tradiciones de los Estados Unidos cae como amenaza sobre su Cuba y su Hispanoamérica.

Estos ataques fueron causa de críticas y de tropiezos. El director de *La Opinión Nacional* de Caracas le escribió en 1882: “procure en sus juicios críticos no tocar con acerbos conceptos a los vicios y costumbres de ese pueblo, porque esto no gusta aquí, y me perjudicaría”.³⁰⁸ Por esto y, definitivamente, por otro incidente en relación con las críticas de Martí para el Papa, tuvo que suspender su colaboración en el diario venezolano. Y luego Bartolomé Mitre y Vedia, dueño de *La Nación* de Buenos Aires, le llamó también la atención y suprimió parte de una de sus cartas porque

[...] encerrando verdades innegables, podía inducir en el error de creer que se abría una campaña de denunciation contra los Estados Unidos como cuerpo político, como entidad social, como centro económico, con pres-

³⁰⁵ *Ibíd.*, t. XXIX, p. 167.

³⁰⁶ *Ídem.*, p. 68.

³⁰⁷ *Ibíd.*, t. LXV, p. 97.

³⁰⁸ *Papeles de Martí*, tomo III, Archivo G. de Quesada, La Habana, 1933, p. 41.

cindencia de las grandes lecciones que da diariamente a la humanidad esa inmensa agrupación de hombres.³⁰⁹

A este, Martí le contestó:

Cierto que me parecería cosa dolorisísima ver morir una tórtola a manos de un ogro. Pero ni la naturaleza humana es de ley tan ruin que la oscurezcan y encobren malas ligas meramente accidentales; ni lo que piense un cenáculo de ultraaguilistas es el pensar de todo un pueblo heterogéneo, trabajador, conservador, entretenido en sí, y por sus mismas fuerzas varias, equilibrado; ni cabe de unas cuantas plumadas pretenciosas dar juicio cabal de una nación en que se han dado cita, al reclamo de la libertad, como todos los hombres, todos los problemas. Ni ante espectáculos magníficos, y contrapeso saludable de influencias libres, y resurrecciones del derecho humano, aquí mismo a veces aletargado, cumple a un veedor fiel cerrar los ojos, ni a un decidor leal decir menos de las maravillas que está viendo. Hoy, sobre todo... urge sacar a luz con todas sus magnificencias, y poner en relieve con todas sus fuerzas, esta espléndida lidia de hombres.³¹⁰

No cejó en su método de alabar más que atacar y de no injuriar, por el placer de injuriar, nunca; pero tampoco el de callar ante la injusticia. Nunca fue un pobre colono deslumbrado ni servil, ni un cómplice de lo indebido, ni con la mentira ni con el silencio. Martí creía que lo esencial para la América española era saber la verdad de los Estados Unidos: la buena, porque era ejemplo y estímulo; la mala, porque convenía que “nuestra América” no se considerase la única pecadora, porque era útil que supiera que otros pueblos —y no solo los de ella— también tenían lacras; y, además, en cuanto los defectos de los Estados Unidos podrían convertirse o eran ya peligros para Hispanoamérica. Exaltación de los nobles ejemplos, cura del complejo de inferioridad hispanoamericano y advertencia

³⁰⁹ Ídem, p. 84.

³¹⁰ José Martí: *Obras completas*, t. LXV, pp. 99-100.

de los riesgos que sobre él se cernían, hacen el magno periodismo de Martí. Otros hispanoamericanos ilustres, situados en otras latitudes, con diferentes problemas, insistieron en llamarle la atención. El más ilustre de todos fue don Domingo Faustino Sarmiento, quien tanto admira su prosa y su canto a la Estatua de la Libertad, pero quien en 1885 escribe:

Quisiera que Martí nos diera menos Martí, menos latino, menos español de raza y menos americano del Sur, por un poco más del yankee, el nuevo tipo del hombre moderno, Hijo de aquella libertad cuya colosal estatua nos ha hecho admirar al lado de aquel puente de Brooklyn, que parecen responder a la cascada del Niágara por los tamaños [...]. El Corresponsal no es nuestro cónsul, para sostener a lo lejos lo que de su patria anda por allí rozando con intereses extraños. Debiera ser un ojo nuestro que contemple el movimiento humano donde es más acelerado, más intelectual, más libre, más bien dirigido hacia los fines de la sociedad, para corregir nuestros extravíos, para señalarnos el buen camino.³¹¹

La diferencia es que Sarmiento idealizaba a los Estados Unidos, para señalar “el buen camino” y para “corregir los extravíos” de los argentinos, por los que luchaba y con quienes se batía todos los días; en tanto que Martí, sin dejar de compartir ese punto de vista, veía y tocaba lo que Sarmiento había solo conocido en su rápido viaje de 1847 y en sus tres años de Ministro de la Argentina en Washington, veinte años antes... Más equilibrado resulta el comentario antifonal o doble —en el buen sentido de la palabra— de Martí. Y su empeño en señalar el mal no le quita ninguna fuerza a los párrafos en que dice del bien. Por ejemplo, este:

Yo esculpiría en pórfido las estatuas de los hombres maravillosos que fraguaron la Constitución de los Estados Unidos de América; los esculpiría, formando su obra enorme, en un grupo de pórfido. Abriría un camino sagrado de baldosas de mármol sin pulir, hasta el templo

³¹¹ D. F. Sarmiento: *Obras completas*, tomo XLVI, pp. 175-176.

de mármol blanco que las cobijase; y cada cierto número de años establecería una semana de peregrinación nacional, en otoño, que es la estación de la madurez y la hermosura, para que, envueltas las cabezas reverentes en las nubes de humo oloroso de las hojas secas, fueran a besar la mano de los patriarcas, los hombres, las mujeres y los niños. La riqueza no me deslumbra. No me deslumbra la prosperidad material de un pueblo libre, más fuerte que sus vecinos débiles, aislado de rivales peligrosos, favorecido con la cercanía de tierras fértiles necesitadas de comprarles sus productos, y al que afluye, al amor de la libertad y a la facilidad para el trabajo, lo que tiene de más enérgico y emprendedor la Europa sobrancera de habitantes, lo que tienen de más puro y entusiasta los partidos humanitarios de las naciones que no han roto aún la cárcara del feudo. Sé que las causas mismas que producen la prosperidad, producen la indiferencia. Sé que cuando los hombres dejan caer de la mano sus riendas, alguien las recoge, y los amarra y azota con ellas, y se sienta en su frente. Sé que el pueblo que no cultiva las artes del espíritu con las del comercio, engorda, como un toro, y se saldrá por sus propias sienes, como un derrame de entrañas coaguladas, cuando se le acaben los caudales. Pero cuando se ve esta majestad del voto, y esta realeza de que todo hombre vivo forma parte, se siente como si se tuviera en las rodillas un caballo de luz y en los ijares le apretásemos los talones alados, y dejásemos tras de nosotros un mundo viejo en ruinas, y se hubiesen abierto, a que lo paseemos y gocemos, las puertas de un Universo decoroso: en los umbrales una mujer, con una urna abierta al lado, lava la frente rota o enlodada de los hombres que entran.³¹²

De todos los juicios de Martí sobre los Estados Unidos —como del que acabamos de dar— se desprenderá esa verdad de dos filis. Muy claramente está en su conocida carta polémica

³¹² José Martí: *Obras completas*, t. XXXI, pp. 9-11.

al *Evening Post*, en defensa de Cuba, del año de 1889: “Amamos a la patria de Lincoln, tanto como tememos a la patria de Cutting”.³¹³

“La patria de Lincoln” podemos llamar a los buenos Estados Unidos, a cuanto de ellos quiso y admiró Martí. En sus párrafos sobre los grandes norteamericanos —Emerson y Whitman como ejemplo— y sobre las grandes gestas democráticas de los Estados Unidos, se hallará lo mejor. No los canta con menos emoción que los grandes hechos y las grandes figuras hispanoamericanas. Sin duda en ellos —al lado de los que dedicó a Bolívar y a Juárez— alcanzó el prosista de la fiebre los más altos acentos. De Washington dijo, entre otras cosas: “Aquel hombre perfecto, tallado en virtudes... Washington aplacó, Madison preparó, Hamilton hacendó, Franklin aconsejó y espoleó Jefferson”.³¹⁴ Así se refería a la “homeriada americana”. Y de Lincoln: “Carácter nacido de la naturaleza”.³¹⁵ “¿A quién no vencía aquella santa grandeza de Abraham Lincoln? Cada acto de aquel varón sublime le asegura su hospedaje en lo mejor del corazón”.³¹⁶ “Aquel hijo sublime de los de abajo”,³¹⁷ lo llama más tarde. Martí sufrirá cambios en cuanto a su posición respecto a los Estados Unidos, verá en ellos más negaciones a la virtud mientras su poder se sale más de sus fronteras; pero su admiración por Lincoln no disminuirá. Está entre los santos y los héroes que hacen su mundo moral. Lo pinta grande, entre el juego peligroso y bajo de la política, natural en medio de la mentira y el artificio del mando, tierno a pesar de las pasiones desencadenadas por la guerra, hijo de los de abajo, labrador de la tierra que salva y purifica, descalzo y pobre. En su revista *Patria* pone esta nota:

A los pobres de la tierra, a los que levantan la copa de champaña cómoda en honor de los que no bebieron jamás champaña en su vida, a los que calzan guante desdeñoso y visten frac, y van de ópera y club al abrigo de la

³¹³ *Ibíd.*, t. II, p. 265.

³¹⁴ *Ibíd.*, t. XXIX, p. 30.

³¹⁵ *Ibíd.*, t. XV, p. 46.

³¹⁶ *Ibíd.*, t. XVII, p. 17.

³¹⁷ *Ibíd.*, t. XVI, p. 48.

paz y la riqueza que logró para la nación el genio de un labriego burdo, a los que viven cobardes e ingratos de la obra augusta a cuyos autores por pobres desdeñan; a esos conviene la lectura de estas pocas líneas. En una revista yankee describe una mujer al mocetón que vió allá por un pueblo de bohíos, cuando él tenía diecisiete años. Era largo, de pies y manos, y desgarbado todo. De la tierra tenía manchas en las manos, y de la tierra comidas las uñas. O no llevaba zapatos, o los llevaba sin medias. Los calzones eran de piel de cabra, y tan cortos que se le veía el tobillo, huesoso y desnudo. Ese mozo, ese pobrete, ese descalzo, era Abraham Lincoln.³¹⁸

Nadie, solo Juárez —y sobre todos Juárez por ser una raza vencida— podía estar tan dentro del corazón de Martí. Bolívar es el ímpetu dionisiaco; Cecilio Acosta, la pureza recatada; Emerson y Whitman, los altos acentos del pensamiento y la poesía; pero Lincoln es, además, la sencillez y la santa pobreza. Admiraba sus escritos porque eran buenos y grandes, no profesionalmente literarios. Más alto lo ve que a Washington “cuyo estilo, aunque siempre señor, no tuvo la intensidad y robustez con que, sin más maestros que la Biblia, Milton y Shakespeare, escribió luego Lincoln”.³¹⁹ Y si a Washington le tocó fundar el gran pueblo, Lincoln tuvo misión mayor: la de pelear por la libertad mancillada en su propio suelo. “La independencia de los Estados Unidos vino cuando Washington; y la revolución cuando Lincoln”.³²⁰ Y tiene por él agradecimiento de cubano: “Aquel —dice— que no bien puso el ancho pie de leñador en la casa de las leyes, acusó con nobles voces de justicia la guerra que el Presidente Polk, hombre del Sur, envía contra México”.³²¹ En suma, como un trasfondo está el espíritu de Lincoln cuando Martí habla de los Estados Unidos con elogio. Cuenta en 1884 de cómo recibió Cleveland la noticia de su elección a la Presidencia de los Estados Unidos: “Que la pluma le tembló al

³¹⁸ *Ibíd.*, t. XIV, p. 172.

³¹⁹ *Ibíd.*, t. XVII, p. 161.

³²⁰ *Ibíd.*, t. IV, p. 120.

³²¹ *Ibíd.*, t. XXVIII, p. 142.

Gobernador en la mano es seguro, porque nadie recibe sin temblar la noticia que le pone en camino de ser jefe del pueblo más grandioso y libre de la tierra”.³²² En 1887, a pesar de la espina de la política exterior norteamericana, con la que ya está enfrentado abiertamente, dice: “Jamás, como que jamás fue la libertad tan verdadera, adelantaron tanto los hombres en cien años”.³²³ Refiriéndose a Henry Ward Beecher: “Su pueblo, que es aún la mejor casa de la libertad, se reflejó en él como era, amigo del hombre, colosal y astuto”.³²⁴ Y diecisiete días antes de su caída en Dos Ríos, a modo de llamamiento y de apostrofe, —pues entonces era más lo que temía que lo que esperaba de los Estados Unidos— dice al *New York Herald*: “No es en los Estados Unidos, ciertamente, donde los hombres osarán buscar sementales para la tiranía”.³²⁵

Unía a Martí con los Estados Unidos su afición, desde adolescente, a las letras inglesas y norteamericanas, y luego su conocimiento y su inmersión en la vida cultural de Nueva York. Desde Cuba estudió el inglés al lado de su maestro Rafael María de Mendive, traductor de Byron y de Thomas Moore. En 1880, llegado a Nueva York, emprendió la “lucha por dominar este hermoso y bello inglés”.³²⁶ Como traductor de la casa Appleton, como reseñador de libros norteamericanos, entró en la lengua y en el espíritu del pueblo que la hablaba. José de Armas y Cárdenas, buen testigo, recordaba la conversación que con él tuvo en 1887 en Nueva York:

[...] fue poco a poco extendiéndose sobre la importancia, originalidad y arte de la literatura contemporánea de los Estados Unidos, tan desconocida e injustamente menospreciada en los países hispanoamericanos. Su erudición literaria era portentosa, y su dominio de las dos lenguas, verdaderamente notable.³²⁷

³²² *Ibíd.*, t. XVI, p. 171.

³²³ *Ibíd.*, t. XVII, p. 49.

³²⁴ *Ibíd.*, t. XV, p. 54.

³²⁵ *Ibíd.*, t. VIII, p. 254.

³²⁶ *Ibíd.*, t. XLV, p. 69.

³²⁷ José de Armas y Cárdenas: *Ensayos críticos de literatura inglesa y española*, V. Suárez, Madrid, 1910, pp. 207-214.

Conocía sobre todo la actualidad literaria, pero también los clásicos ingleses. Shakespeare está entre sus ídolos, intentó traducirlo en la juventud, y sin duda lo leyó íntegramente cuando llegó a poseer el idioma. Buen ejemplo de su atención por las letras inglesas contemporáneas son las que dedicó a Byron (LIII, pp. 9-15); a Shelley (LXIV, p. 179); a Oscar Wilde, con motivo de su visita a los Estados Unidos (XXVIII, pp. 65-69 y LIII, pp. 19-32), a Carlyle (XXIX, p. 125 y LIII, pp. 51-54), y a sus grandes figuras filosóficas y científicas, por ejemplo, a Spencer (LIII, pp. 55-65) y a Darwin (pp. 35-50). Sus más vitales ensayos son los dedicados a Emerson y a Whitman; pero no solo en ellos, sino en otros menores, se apreciará la vastedad de sus lecturas norteamericanas y el acierto para definirlos: ya hace un repaso de los oradores norteamericanos, como señala la importancia de *La cabaña del Tío Tom*, como delinea la personalidad de George Cable, o la de Charles Dana, o la de Mark Twain, a quien oyó y de quien hace un trazo magistral.³²⁸ También estudió con apasionado interés la historia y las instituciones políticas de los Estados Unidos, y esto le abrió otros horizontes: sus hombres más ilustres —Washington, Jefferson, Hamilton, Lincoln— y sus historiadores —Bancroft, Prescott— han dejado en la obra de Martí no solo su estampa física —para Hispanoamérica los retrataba el gran escritor— sino la huella de su pensamiento político.

Gran aficionado Martí al teatro y a la música, conoció en Nueva York a los actores y cantantes más famosos de la época. Y hombre ansiosamente apasionado por el espectáculo del mundo, lo compartió por tres lustros con los norteamericanos. La revolución industrial de los Estados Unidos, los comienzos de su expansión financiera, las organizaciones obreras, las grandes huelgas —como la de Chicago—, el ahorcamiento de sus líderes, todo lo vivió de cerca Martí. Consagrado a una lucha nacional libertadora, formado por los krausistas españoles, no llegó a hacerse marxista, ni anarquista, pero sintió la batalla y anunció en sus escritos una gran convulsión universal. Su residencia de quince años en Nueva York hizo de él un caso especial, *sui generis*, muy diferente de los demás grandes escritores

³²⁸ *Ibidem*, t. XXX, pp. 147-149.

hispanoamericanos que vivían distantes de la “espléndida lidia de hombres”. Martí pertenece a Nueva York, cuya ciudadanía ejerció vivamente, sin que esto quite un ápice a su hispanoamericanidad medular y esencial.

Por eso es que con autoridad elogia a “la patria de Lincoln”, y con autoridad acusa a “la patria de Cutting”, “periodista aventurero y de poca vergüenza”,³²⁹ que en 1836 creó un serio incidente entre México y el país del Norte, y a quien utiliza en su citada frase como símbolo de “los malos Estados Unidos”. Ya desde México aprendió a temerles. Allí escribe sus primeras alusiones hostiles. Les llama “la tierra, para el arte árida, de Hamilton y Penn”.³³⁰ Y dice:

No deduzco yo de los vítores que sean reconocidos por los Estados Unidos los derechos cubanos... Ni esperamos su reconocimiento, ni lo necesitamos para vencer... A tener conciencia de sí misma, enrojeceríase el acta de 4 de julio de 1776 viéndose olvidada por sus hijos de cien años; tal parece que aquella acta fue escrita para nuestros dolores y nuestra justificación, y ésta se nos niega y aquéllos son desconocidos por los mismos que merced a ellos se alzaron pueblo libre de la atormentada colonia de Inglaterra. Pero si los gobiernos se hacen egoístas, y los pueblos se apegan a su riqueza y obran como avaros viejos, la humanidad es en cambio perpetuamente joven. El entusiasmo no ha tenido nunca canas. Así, en los Estados Unidos, los que nos rechazan como combinación mercantil, nos celebran como tenaces y valerosos...³³¹

Cuatro años después de vivir en Nueva York —1834— sus temores arrecian, aunque se empeñe en rechazarlos.

Y el pueblo que ha sido la casa de la libertad no ha de convertirse ¡no, por Dios! en dragón en que cabalque la conquista, ni en nueva tumba del hombre, como los

³²⁹ *Ibíd.*, t. XXXIII, p. 9.

³³⁰ *Ibíd.*, t. I, p. 47.

³³¹ *Ibíd.*, t. I, pp. 171-172.

pueblos despóticos o corrompidos que han envilecido o dominado al Universo.³³²

Su preocupación mayor es la expansión de los Estados Unidos sobre las Antillas y toda la América española, pero también se inquieta por los asuntos internos del país. En el proteccionismo económico ve el mayor de los males, la raíz de la amenaza a las libertades de dentro y de fuera. “El proteccionismo ha dado su fruto. Se ha creado un colosal pueblo industrial que no tiene mercados donde colocar sus industrias imperfectas”,³³³ “sobre lo venidero ha vivido la industria americana, contando que cuando se le acabase el consumo interior, siempre podría vaciar la producción excesiva en las tierras flojas de la América del Sur”.³³⁴ La situación del negro le duele y le irrita: “Y con el brazo izquierdo —dice de Henry Garnet en 1882— desviaba de la cabeza de los negros todo golpe que a ellos enderezasen los blancos que los desdeñan sin razón, porque los ven víctimas del mal que les hicieron”;³³⁵ “la Constitución de este país estaba manchada por un vicio original: habla transigido con la esclavitud de una raza”.³³⁶ En 1884 estudia las elecciones y ve con pena los fraudes electorales:

Tammany Hall es el nombre de una poderosa organización del Partido Demócrata de Nueva York. Son como los caciques del voto; y sus compromisos tan estrechos como los de una sociedad secreta [...]. El corcel está en casa del Gobernador; pero las riendas, las espuelas y el látigo, están en Tammany.³³⁷

La inmigración europea lo aflige porque ve en ella una espada de dos filos: de un lado, gente desesperada, violenta y, a menudo, con pésima educación política; del otro, trabajadores fuertes, simples y puros. “Colosales rufianes”, “plaga de la

³³² *Ibíd.*, t. XXVI, p. 187.

³³³ *Ibíd.*, t. XXIX, p. 237.

³³⁴ *Ibíd.*, t. VI, p. 74.

³³⁵ *Ibíd.*, t. XVI, p. 121.

³³⁶ *Ibíd.*, t. XXX, p. 121.

³³⁷ *Ibíd.*, t. XVI, p. 184.

República”, “presidio ambulante” y “bandidos” llama desde 1885 a los banqueros:

La política tiene sus púgiles. Las costumbres físicas de un pueblo se entran en su espíritu y lo forman a su semejanza. Estos hombres desconsiderados y acometedores, pies en mesa, bolsa rica, habla insolente, puño presto; estos afortunados pujantes, ayer mineros, luego nababs, luego senadores; esta gente búfaga, de rostro colorado, cuello toral, mano de maza, pie chato y ciclópeo; estos aventureros, criaturas de lo imposible, hijos ventrudos de una época gigante, vaqueros rufianes, vaqueros perpetuos; estos mercenarios, nacidos acá como allá de padres perdidos al viento, de generaciones de deseadores enconados, que [...] merodean y devastan a la usanza moderna, montados en locomotoras; estos colosales rufianes, elemento temible y numeroso de esta tierra sanguínea, emprenden su política de pugilato, y recién venidos de la selva, como en la selva viven en la política, y donde ven un débil comen de él, y veneran en sí la fuerza, única ley que acatan, y se miran como sacerdotes de ella, y como con cierta superior investidura e innato derecho a tomar cuanto su fuerza alcance [...]. La inmigración tumultuosa; la fantástica fortuna que la recibió en el Oeste; la fuerza y riqueza mágicas que surgieron y rebosaron con la guerra, produjeron en los Estados Unidos esas nuevas cohortes de gente de presa, plaga de la República, que arremete y devasta como aquélla. El país bueno la ve con encono, pero alguna vez, envuelto en sus redes, o alumbrado en sus planes, va detrás de ella [...]. Forman sindicatos, ofrecen dividendos, compran elocuencia e influencia, cercan los lazos invisibles al Congreso, sujetan de la rienda la legislación, como un caballo vencido y, ladrones colosales, acumulan y se reparten ganancias en la sombra. Son los mismos de siempre; siempre con la pechera llena de diamantes; sórdidos, finchados, recios: los senadores los visitan por puertas excusadas; los secretarios los visitan en las horas silenciosas: abren y cierran la puerta a los millones: son banqueros privados [...]. Caen sobre los

gobiernos, como los buitres, cuando los creen muertos; huyen por donde no se les ve, como los buitres por las nubes arremolinadas, cuando hallan vivo el cuerpo que creyeron muerto. Tienen soluciones dispuestas para todo: periódicos, telégrafos, damas sociales, personajes floridos y rotundos, polemistas ardientes que defienden sus intereses en el Congreso con palabra de plata y magnífico acento. Todo lo tienen: se les vende todo: cuando hallan algo que no se les vende, se coaligan con todos los vendidos, y lo arrollan... Es un presidio ambulante, con el que bailan las damas en los saraos y coquetean los prohombres respetuosos, que esperan en la antecámara y comen a su mesa [...]. Un deseo absorbente les anima siempre, rueda continua de esta tremenda máquina: adquirir tierra, dinero, subvenciones, el guano del Perú, los Estados Unidos del Norte de México [...]. ¡En cuerda pública, descalzos y con la cabeza mondada, deberían ser paseados por las calles, esos malvados que amasan su fortuna con las preocupaciones y los odios de los pueblos! —Banqueros no: bandidos—. ³³⁸

La celebración de la primera Conferencia Panamericana, celebrada en Washington en 1889, y a la que Martí asiste como observador y en la que indirectamente interviene a través de la delegación argentina y quizá de la mexicana y de otras, es el acontecimiento que más influye en él. Los Estados Unidos no apoyan la independencia de Cuba. Martí escribe en *La Nación*: “[...] un pueblo que comienza a mirar como privilegio suyo la libertad, que es aspiración universal y perenne del hombre, y a invocarla para privar a los pueblos de ella”. ³³⁹ Martí ha sentido en su carne de cubano las contradicciones de la política exterior de los Estados Unidos. En 1891 va a sentirlas más: el Gobierno de España protesta por el hecho de que el insurrecto cubano José Martí sea el Cónsul de la Argentina en Nueva York, ante una nación amiga de España. A pesar de la estimación que por Martí tenía el Ministro de la Argentina en Washington, el conocido

³³⁸ *Ibíd.*, t. XVI, pp. 193-197.

³³⁹ *Ibíd.*, t. XXI, p. 50.

historiador don Vicente G. Quesada, se ve obligado a aceptar la renuncia que de su cargo le presentó Martí enseguida. En enero de 1892 hay otro incidente que —precisamente por no herir sus intereses personales, sino los de compatriotas pobres— lo lanza a una actitud permanente de irritación contra los Estados Unidos: hay una huelga de obreros cubanos en Tampa, y son sustituidos por obreros españoles traídos de Cuba. Desde ese momento Martí continúa su lucha independentista a escondidas de las autoridades norteamericanas, no sin caer a menudo bajo su vigilancia, como cuando en enero de 1895 es denunciado en la Fernandina y decomisada parte de su expedición guerrera. Sus palabras sobre los Estados Unidos alcanzan en esos años el mismo tono de condena bíblica que contra España usó cuando salió del presidio. Niega que Cuba quiera incorporarse a “un pueblo de antecedentes, naturaleza, clima y métodos políticos distintos, que ha manejado su propia república de modo que lleva en las entrañas todas las soberbias y peligros de la monarquía”.³⁴⁰

Este Norte —escribe— adonde por fantasmagoría vinimos a vivir, y por el engaño de tomar a los pueblos por sus palabras y a las realidades de una nación por lo que cuentan de ella sus sermones de domingo y sus libros de lectura... este país erizado y ansioso, que al choque primero de sus intereses, como que no tiene más liga que ellos, enseña sin vergüenza sus grietas profundas...³⁴¹

.....

El Norte ha sido injusto y codicioso; ha pensado más en asegurar a unos pocos la fortuna que en crear un pueblo para el bien de todos; ha mudado a la tierra nueva americana los odios todos y todos los problemas de las antiguas monarquías... del Norte, como de tierra extranjera, saldrán a la hora del espanto sus propios hijos.³⁴²

³⁴⁰ *Ibíd.*, t. III, p. 243.

³⁴¹ *Ibíd.*, t. V, p. 126.

³⁴² *Ídem.*

En 1894, exclama:

¡Es el horror mayor e irremediable: ver infame o indigno lo que amábamos! [...]. ¿Es así, sin amor, sin caridad, sin amistad, sin gratitud, sin respeto, sin leyes, es así la primera república del mundo? ¡No hay, pues, asilo, ni en la primera república del mundo, para los pueblos que andan huyendo de la servidumbre!... ¿A qué, tiranía de España, te abandonamos, si hemos de encontrar en una república americana todos tus horrores? No hay más patria, cubanos, que aquella que se conquista con el propio esfuerzo. Es de sangre la mar extranjera. El único suelo firme en el universo es el suelo en que se nació. O valientes, o errantes...! ¡A Cuba!...³⁴³

Hay una condena concreta para muchos aspectos de “la patria de Cutting”; pero hay también la búsqueda de un argumento más que anime a los cubanos a partir a la guerra. Martí halla en la falta de simpatía por la independencia de Cuba, y en la abierta hostilidad del mundo oficial norteamericano, un acicate más para su causa. Martí cree siempre, profundamente, lo que dice; pero lo abulta, natural y sinceramente, para animar a los cubanos a dejar los Estados Unidos, haciéndoles profecías tan negras para el Norte como sonrientes para su Isla.

Martí fue siempre hispanoamericanista. Nunca fue panamericanista en el sentido común y vulgar de la palabra. El panamericanismo le parece “un concepto falso y criminal de americanismo”:

En América hay dos pueblos, y no más que dos, de alma muy diversa por los orígenes, antecedentes y costumbres, y sólo semejantes en la identidad fundamental humana. De un lado está nuestra América, y todos sus pueblos son de una naturaleza y de una cuna parecida o igual, e igual mezcla imperante; de la otra está la América que no es nuestra, cuya enemistad no es cuerdo ni viable fomentar, y de la que, con el decoro

³⁴³ *Ibidem*, t. VI, pp. 77-80.

firme y la sagaz independencia, no es imposible y es útil ser amigo.³⁴⁴

Esta frase de madurez se la decía a los hondureños, desde su revista *Patria*, en 1894; pero siempre estuvo convencido de que había dos Américas: “Es estéril el consorcio de dos razas opuestas”,³⁴⁵ escribió en 1883 en *La América*. Lo que no impedía que creyera posible —ya se ha visto— una decorosa amistad. Cuando se tendió el ferrocarril entre México y los Estados Unidos, en 1884, dijo:

Este es acontecimiento grato si del lado latino de la frontera viene acompañado de una desapasionada previsión, habilidosa vigilancia y permanente entereza. Con todo eso, será el ferrocarril cosa excelente. Sin eso, pudiera no serlo...³⁴⁶

Y en su famoso artículo “Nuestra América”, de 1891:

El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos. Se ha de tener fe en el hombre y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevaleos... Los pueblos han de tener una picota para quien les azuza a odios inútiles; y otra para quien no les dice a tiempo la verdad.³⁴⁷

Cada experiencia norteamericana le sirve para insistir en la urgencia en que Hispanoamérica está de enseñarse bien ante los Estados Unidos, y en la inconveniencia de toda alianza mientras éstos no la conozcan y respeten en toda su medida. En la

³⁴⁴ *Ibíd.*, t. XIX, p. 199.

³⁴⁵ *Ibíd.*, t. XX, p. 163.

³⁴⁶ *Ibíd.*, t. XXII, p. 209.

³⁴⁷ *Ibíd.*, t. XIX, p. 21.

Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América, en 1891, a la que asistió como delegado del Uruguay, escribió:

Creen [los Estados Unidos] en la superioridad incontrastable de la raza anglosajona sobre la raza latina. Creen en la bajeza de la raza negra, que esclavizaron ayer y vejan hoy, y de la india, que exterminan. Creen que los pueblos de Hispanoamérica están formados, principalmente, de indios y negros. Mientras no sepan más de Hispanoamérica los Estados Unidos, y la respeten más, como con la explicación incesante, urgente, múltiple, sagaz de nuestros elementos y recursos podrían llegar a respetarla ¿pueden los Estados Unidos convidar a Hispanoamérica a una unión sincera y útil para Hispanoamérica? ¿Conviene a Hispanoamérica la unión política y económica con los Estados Unidos?.³⁴⁸

La actitud de las dos Américas es diferente y aun opuesta: “Una quiere ponerse sobre el mundo, mientras que la otra le quiere abrir los brazos”.³⁴⁹ No predica a Hispanoamérica un odio negativo contra los Estados Unidos, pero tampoco la imitación ciega, ni menos el servilismo, ni mucho menos la alianza: “¿A qué ir de aliados, en lo mejor de la juventud, en la batalla que los Estados Unidos se preparan a librar contra el resto del mundo?”.³⁵⁰ La proposición de alianza solo

[...] podrá celebrarla sin juicio la juventud prendada de las bellas ideas [y] podrá recibirla como una merced el político venal o demente, [y] glorificarla con palabras serviles [...] dos cóndores, o dos corderos, se unen sin tanto peligro como un cóndor y un cordero.³⁵¹

Los Estados Unidos desean la alianza solo para “buscar un remedio al exceso de productos de una población compacta y agresiva”. Por eso “[...] cuando [...] Sáenz Peña dijo, como quien reta, la última frase de su discurso sobre el zollverein... ¡Sea la América para la humanidad!, todos, como agradecidos,

³⁴⁸ *Ibíd.*, t. XXII, p. 28.

³⁴⁹ *Ibíd.*, t. XXI, p. 108.

³⁵⁰ *Ídem*, p. 59.

³⁵¹ *Ibíd.*, t. XXII, pp. 25-26

se pusieron en pie, comprendieron lo que se decía, y le tendieron las manos”.³⁵²

Como cubano siempre fue violentamente antianexionista. Nunca dejó de reprochar a los Estados Unidos que, a la vez que predicaban la doctrina Monroe, permitían la presencia de España en Cuba, estorbaban la independencia cubana y obstaculizaban la acción de los patriotas cubanos. No solo veía en esto contradicción política, sino malos manejos y torvos designios. Cree que los Estados Unidos solo intervienen en las cosas de Cuba por simple conveniencia: cuando envían “una expedición infeliz” es porque “la mayoría esclavista de los Estados Unidos necesitaba un Estado más para asegurarse”,³⁵³ cuando retardan la independencia, porque no es momento propicio para meter las manos y quedarse con el botín. De esta convicción parte uno de sus más firmes propósitos, y es el de no desencadenar la guerra sino hasta estar seguro de que será de corta duración y de seguro triunfo, de manera que los Estados Unidos no tengan ocasión de intervenir en lo más mínimo. Dirá que la idea de la anexión es “el peligro mayor tal vez de todos los peligros”, sostenida por

[...] todos los tímidos, todos los irresolutos, todos los observadores ligeros, todos los apegados a la riqueza (que) quisieran gozar de los beneficios de la libertad sin pagarlos con su sangriento precio... Así halagan su conciencia de patriotas, y su miedo de serlo verdaderamente. Pero como esa es la naturaleza humana, no hemos de ver con desdén estoico sus tentaciones, sino de atajarlas.³⁵⁴

A veces teme lo peor: “Tal vez sea nuestra suerte que un vecino hábil y poderoso nos deje desangrar a sus umbrales, para poner al cabo, sobre lo que quede de abono para la tierra, sus manos hostiles, sus manos egoístas e irrespetuosas”.³⁵⁵ Cuando el Congreso Panamericano de 1889, escribe a Gonzalo de Que-

³⁵² *Ibíd.*, t. XXI, p. 105.

³⁵³ *Ibíd.*, t. III, p. 173.

³⁵⁴ *Ibíd.*, t. I, p. 207.

³⁵⁵ *Ídem*, p. 245.

sada: “¿Morir para dar pie en que levantarse a estas gentes que nos empujan a la muerte para su beneficio?”.³⁵⁶ En 1892, repite a Serafín Bello, compañero de lucha:

Llegó ciertamente para este país, apurado por el proteccionismo, la hora de sacar a plaza su agresión latente, y como ni sobre México ni sobre el Canadá se atreve a poner los ojos, los pone sobre las Islas del Pacífico y sobre las Antillas, sobre nosotros [...]. La corriente es mucha y nunca han estado tan al converger los anexionistas ciegos de la isla, y los anexionistas yankees. Para mí, sería morir...³⁵⁷

Pasar del dominio de España a los Estados Unidos lo ve “como huir de un espantapájaros” para echarse “en un horno encendido”.³⁵⁸ Junto con los veteranos “tiembla de pensar que pueda caer la tierra por que sangraron, en manos burdas y desdenosas, que hagan botones con los huesos de nuestros muertos”.³⁵⁹ Le repugna el “ingreso limosnero” a los Estados Unidos, y ver a Cuba convertida, “si se le acaba el honor, en provincia ruinosa de una nación estéril o en factoría o pontón de un desdenoso vecino”.³⁶⁰ Pero tampoco quiere la enemistad de los Estados Unidos, sino la amistad “como intuitiva obediencia a la política de la amistad y del trabajo, que reemplazará al sueño caduco y rudimentario de la anexión, creado en buena fe por nuestros padres en la época idílica y desvanecida de la república norteamericana”.³⁶¹

El cubano claramente antianexionista es, con igual claridad, un hispanoamericano antimperialista. Sobre el Congreso de 1889 escribe: “La simpatía por los pueblos libres dura hasta que hacen traición a la libertad; o ponen en riesgo la de nuestra patria”.³⁶² En sus últimos meses de Nueva York —cuando tantas

³⁵⁶ *Ibíd.*, t. XXX, p. 194.

³⁵⁷ *Ibíd.*, t. II, p. 192.

³⁵⁸ *Ibíd.*, t. X, p. 163.

³⁵⁹ *Ídem*, p. 168.

³⁶⁰ *Ibíd.*, t. V, p. 83.

³⁶¹ *Ibíd.*, t. IV, p. 239.

³⁶² *Ibíd.*, t. XXI, p. 41.

frases lapidarias escribe— dice: “De nuestra sociología se sabe poco, y de esas leyes, tan precisas como ésta otra: los pueblos de América son más libres y prósperos mientras más se apartan de los Estados Unidos”.³⁶³ En el citado Congreso ha escrito una crónica:

Desde la cuna soñó en estos dominios el pueblo del Norte, con el “nada sería más conveniente”, de Jefferson; con “los trece gobiernos destinados”, de Adams; con “la visión profética”, de Clay; con “la gran luz del Norte”, de Webster; con “el fin es cierto y el comercio tributario”, de Sumner; con el verso de Sewall que va de boca en boca: “vuestro es el continente entero y sin límites”; con “la unificación continental”, de Everett; con “la unión comercial”, de Douglas; con “el resultado inevitable”, de Ingalls, “hasta el istmo y el polo”...³⁶⁴

Condenó siempre la guerra de Texas,³⁶⁵ y la llamó “una guerra infame”.³⁶⁶ Dice al referirse a las guerras injustas:

Aunque luego de hechas no haya de faltar quien las tache de crimen, como a la de Texas, que llaman crimen a secas Dana, y Janvier, y los biógrafos de Lincoln, por más que fuera mejor impedir las antes de ser, que lamentarlas cuando han sido.³⁶⁷

En plena celebración del Congreso Panamericano, el *Sun* de Nueva York ha dicho: “El que no quiera que lo aplaste el Juggernaut, súbese en su carro”. Subirse al carro le parece a Martí oportunismo, cobardía y, además, torpeza:

Mejor será cerrarle el camino. Para eso es el genio: para vencer la fuerza con la habilidad. Al carro se subieron los tejanos y, con el incendio a la espalda, como zorros rabiosos, o con los muertos de la casa a la gru-

³⁶³ *Ibíd.*, t. XIX, p. 37.

³⁶⁴ *Ibíd.*, t. XXI, pp. 40-41.

³⁶⁵ *Ibíd.*, t. XV, p. 117.

³⁶⁶ *Ibíd.*, t. XVI, p. 34.

³⁶⁷ *Ibíd.*, t. XXI, p. 64.

pa, tuvieron que salir, descalzos y hambrientos, de la tierra de Texas.³⁶⁸

Cerrar el camino al Juggernaut, darle “una respuesta unánime y viril, para la que todavía hay tiempo sin riesgo, puede liberar de una vez a los pueblos españoles de América”.³⁶⁹ Teme que la venalidad y la debilidad interiores de los países hispanoamericanos puedan facilitar el avance de los Estados Unidos, a los que llama

[...] un vecino pujante y ambicioso, que no los ha querido fomentar jamás, ni se ha dirigido a ellos sino para impedir su extensión, como en Panamá, o apoderarse de su territorio, como en México, Nicaragua, Santo Domingo, Haití y Cuba, o para cortar por la intimidación sus tratos con el resto del Universo, como en Colombia, o para obligarlos, como ahora, a comprar lo que no puede vender, y confederarse para su dominio.³⁷⁰

El Congreso violenta su lenguaje, agría sus palabras, pero años antes ha dicho lo mismo:

Y vendrán los Estados Unidos a ser, como que les tendrán toda su hacienda, los señores pacíficos y proveedores forzosos de todas las Antillas. Y como sin querella con Francia e Inglaterra no hubieran podido poner estorbo al canal del Istmo de Panamá, por donde querían, como quien aprieta a su seno con un brazo, esta parte de arriba de nuestra América, intentan ahora, con asentimiento imprevisor acaso de nuestra propia gente, pasar el brazo por el corazón de la América central.³⁷¹

Y aun más que el problema de los canales centroamericanos, le inquieta el de la bahía de San Nicolás, haitiana, y el de la de Samaná, dominicana. Las Antillas y Centroamérica son la llave del Continente, y ve la llave en manos de los Estados Unidos,

³⁶⁸ *Ibíd.*, t. XXI, pp. 50-51.

³⁶⁹ *Ídem*, p. 38.

³⁷⁰ *Ídem*, p. 33.

³⁷¹ *Ibíd.*, t. XXIII, p. 176.

por ataque o por contubernio final con España, por atentado o por política corruptora:

[...] en algo substancioso, se le ha de mostrar buena voluntad a Guatemala, para ir demorando con su apoyo, so pretexto de ponerla en su cabeza, la unión de Centro América, y avivando los odios aldeanos de las cinco repúblicas, y soplando para que la influencia fraternal de México no crezca en Centro América.³⁷²

El 25 de marzo de 1895, en vísperas de trasladarse a Cuba y a la guerra, escribe a Federico Henríquez Carvajal:

[...] mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado. Para mí, ya es hora. Pero aun puedo servir a este único corazón de nuestras repúblicas. Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo. [...] Esto es aquello, y va con aquello [...] Hagamos por sobre la mar, a sangre y cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino si caigo, será también por la independencia de su patria...³⁷³

Y el 18 de mayo, un día antes de morir, escribe su carta a Manuel Mercado, ya antes citada.

El hispanoamericanista —no hay duda de ello— no es panamericanista, sino lo contrario. La misma palabra panamericanismo le suena mal:

Estos días han sido de recepciones y visitas para los hispanoamericanos. Unos venían de Europa a presentar sus credenciales al Congreso que llaman aquí de Pan América, aunque ya no será de toda, porque Haití, como que el gobierno de Washington exige que le den en dominio la península estratégica de San Nicolás, no muestra deseos de enviar sus negros elocuentes a la conferencia de naciones; ni Santo Domingo ha aceptado el

³⁷² *Ibíd.*, t. XXIII, p. 128.

³⁷³ *Ibíd.*, t. VIII, p. 189-190.

convite, porque dice que no puede venir a sentarse a la mesa de los que le piden a mano armada su bahía de Samaná, y en castigo de su resistencia le imponen derechos subidos a la caoba.³⁷⁴

Su antipanamericanismo recordaba agravios, señalaba amenazas, aceptaba una amistad prudente, clamaba contra toda alianza económica y subrayaba diariamente la diferencia de orígenes, de maneras, de actitudes y de propósitos.

Por eso combatió el arbitraje “como pacto de abdicación, de vasallaje [...] de sometimiento”, y aplaudió el acuerdo en que se establecía que “todas y cada una de las naciones americanas conservarán la dirección exclusiva de su destino político con absoluta prescindencia exclusiva de las demás”,³⁷⁵ y se felicitó de que “sin ira, sin desvarío, sin imprudencia” hubiera sido derrotado

[...] por la unión de los pueblos cautos y decorosos de América... el plan norteamericano de arbitraje continental y compulsorio sobre las repúblicas de América, con tribunal continuo e inapelable residente en Washington.³⁷⁶

Por lo mismo atacó siempre la Doctrina Monroe, afirmó que nada se ganaba con dominio yanqui en vez de europeo, y desnudó la espada de dos filos con estas palabras:

Aparte de lo histórico, en cuanto al espantapájaros que mató de una vez Juárez, a la invasión de un poder europeo en América ¿no está Europa en las Antillas? ¿Francia? ¿Inglaterra?: ¿pudieron, por tener la Isla, conquistar la América los españoles, ni cuando Barradas, ni cuando Méndez Núñez?... Y una vez en Cuba los Estados Unidos, ¿quién los saca de ella?³⁷⁷

Cuba e Hispanoamérica —ya lo hemos visto en sus palabras, y lo seguimos viendo— son para él la misma patria. Cuando lucha en México, en Guatemala, en Venezuela, lucha por Cuba;

³⁷⁴ *Ibíd.*, t. XXI, p. 11.

³⁷⁵ *Ídem*, p. 124.

³⁷⁶ *Ídem*, p. 122.

³⁷⁷ *Ibíd.*, t. II, p. 84.

cuando muere en esta, es América la que defiende. En documento público le dice al *New York Herald* el 2 de mayo de 1895:

Plenamente conocedor de sus obligaciones con América y con el mundo, el pueblo de Cuba sangra hoy a bala española, por empresa de abrir a los tres continentes, en una tierra de hombres, la república independiente que ha de ofrecer casa amiga y comercio libre al género humano... A los pueblos de la América española no pedimos ayuda, porque firmará su deshonra aquel que nos la niegue. Al pueblo de los Estados Unidos mostramos en silencio, para que haga lo que debe, estas legiones de hombres que pelean por lo que pelearon ellos ayer, y marchan sin ayuda a la conquista de la libertad que ha de abrir a los Estados Unidos la Isla que hoy le cierra el interés español.³⁷⁸

Con lo que Martí hace pública su devoción hispanoamericana, que no veda ni limita su sentido de comunión internacional en el cual entran, por supuesto, los Estados Unidos.

Como recapitulación conviene subrayar que ningún otro escritor de habla española —de Hispanoamérica o de España— ha sentido y conocido los Estados Unidos tanto como Martí; y que difícilmente se le encontrará par en otras lenguas. Nadie ha admirado tan emocionadamente la grandeza de su independencia y de los primeros tiempos de la República, la creación de un mundo nuevo y colosal, el heroísmo y la significación social de su guerra de Secesión, el himno al trabajo y a la disciplina que es la edificadora vida diaria del norteamericano, su sustancial amor al cimiento fundador y su desprecio por el ornamento hueco, su brioso espíritu de empresa y sus conquistas en la ciencia. Quien lea cuidadosamente a Martí encontrará su profunda reverencia por la cuna de los Estados Unidos, alguna esperanza de que renazca su grandeza democrática, y una admiración mezclada de temor por el crecimiento fabuloso, sudoroso y atlético que realizan en su época. Teme a unos nuevos Estados Unidos que se repletan de emigrantes ansiosos

³⁷⁸ *Ibíd.*, t. VIII, p. 260.

de riqueza, y a la consecuencia natural de este apetito: el agotamiento de los bienes nacionales, la ambición extendida a tierras ajenas. Ve con horror la preterición del cultivo de las letras y de las artes, el triunfo del espíritu cartaginés por encima del que engendró la República, la sequedad y el individualismo en las relaciones familiares y amistosas, la corrupción de las elecciones y los fraudes de la banca. En la inmigración tumultuosa ve la causa del paso de unos Estados Unidos demócratas a unos Estados Unidos imperiales, pero ve también en ella la brotación de un primer pueblo cosmopolita y universal. “De Europa viene a este país —dice— la savia y el veneno”.³⁷⁹ Sin embargo, a menudo se inclina al optimismo: él mismo es un inmigrante.

Su permanencia en los Estados Unidos y su admiración por sus virtudes no impusieron silencio a su corazón de hispanoamericano, de cubano. Por eso vio a la vez desde dentro y desde fuera. Hizo campaña de elogio para los Estados Unidos populares y vitales, pero siempre, al lado de ella, otra mayor de denuncia de los Estados Unidos expansionistas y conquistadores. Su indignación ante el atropello militar de ayer y ante el financiero de su época, y el espanto ante una Hispanoamérica y una Cuba mañana encadenadas, lo llevaron al dicitario enconado.

La gama de ternuras, de caricias y latigazos, de admiración y resentimiento que pueblan sus crónicas, y el profundo acento de honradez de todas sus palabras, hacen de ellas un documento literario y humano de valor único.

³⁷⁹ *Ibíd.*, t. XXVIII, p. 151.